

Matarile

Suplemento cultural del periódico 26 Año II Número 2



*¿Y a quién le hablaremos de molienda,
con las manos lejos del corte,
de la caña ondulante que tampoco está?
Pregúntale a este enmudecido terraplén
a qué sabe el azúcar de la desmemoria.*

Maylan Álvarez Rodríguez (escritora matancera)

Proponemos...

Matarile, la maravilla del regreso	3
<i>Zona de cambio (patrimonio)</i> Delicias Cielo de hollín y horizonte de cañas	4
Manatí: del esplendor a la inopia	8
<i>Búscame adentro (música)</i> Los Dandy del '50, el ritmo de un tiempo dulce y añejo	14
Hombre azúcar	17
<i>Las sombras que vuelven (poesía)</i>	20
Esclavos: itinerario inconcluso	32
Patrimonio industrial o la negación a perecer	37
Renacer de moles de hierro	41
<i>Esquina Vidal</i> Hablar de Guillermo Vidal en Las Tunas	47
Arrobas de la memoria	54
<i>Resumen de los autores</i>	57

Página

PORTADA



Directora: Elena Diego Parra
Editoras: Esther De la Cruz Castillejo y Zucel de la Peña Mora
Asesor principal: Carlos Esquivel Guerra
Diseño y realización: Reynaldo López Peña
Corrección de estilo: Marilú Hernández Guerrero

Cada trabajo expresa la opinión de su autor

Fotografía de Gabriel Dávalos. Con Danelis Peña, bailarina de Danza Alternativa Garabato, en algún cañaveral de Las Tunas. (DETALLE)

Año II Número 2
www.periodico26.cu
cip224@periodico26.cu



Matarile

Matarile, la maravilla del regreso

Con el mismo alborozo de la primera vez regresa **Matarile**, suplemento cultural del periódico **26**. Razones asociadas a dinámicas internas de nuestro medio y algunos factores externos han dilatado demasiado la llegada de este número, dedicado al patrimonio azucarero y su porfiado arraigo entre los tuneros.

Por supuesto que estamos inconformes por hacerle esperar más de los cuatro meses previstos para cada nacimiento, pero apostamos a que nuestras propuestas le resulten interesantes, al punto de disculparnos por el siempre amargo sorbo de una entrega dilatada.

Mantenemos la intención confesa, incluso desde los esbozos, de sostener un diálogo con la vida y obra del escritor Guillermo Vidal, porque por él nacimos, a él se deben los sueños de movilizar el pensamiento colectivo, la reflexión en torno a los resortes que hacen de nuestra cultura ancla y camino; y, ¿por qué no? intentar, desde el debate, el hallazgo de fórmulas para encauzar procesos que son vitales y universalizan lo que somos.

Recorra, pues, nuestras páginas. En ellas está la melaza, se respira el aire intenso de la zafra, ilustramos la huella que se niega a perecer y los coloridos cuerpos y universos en los que transmutó el azúcar. Nada nos es ajeno, menos las muchas reservas del patrimonio industrial y las grandes deudas que tenemos con el legado cultural que nos alcanza de la caña de azúcar y sus hombres y mujeres, dulces y sacrificados.

Ojalá este retorno cuente con su compañía y también lleguen a nosotros sus puntos de vista. Sería un aliciente vital para seguir andando.

Delicias

Cielo de hollín y horizonte de cañas

La historia de los pueblos está grabada en las paredes de las casas. Ellas atesoran las innumerables memorias de quienes han dejado una huella tanto en las calles como en el tiempo. En los cimientos habitan secretos y orígenes por igual, mientras del suelo brota la mística que encanta a propios y foráneos.

Delicias, con la voz de la más dulce arquitectura, habla por sí misma. Construcciones y el marcado arraigo cultural dibujan el rostro hereditario de tierras anglosajonas. Los latidos fuertes, similares al pitido del ingenio, dieron vida a un poblado con cielo de hollín y horizonte de cañas.

Corría la fecha del 15 de enero de 1912, cuando la tranquilidad del lugar resultó

invadida por las labores fabriles del entonces central Delicias, perteneciente a la Cuban-American Sugar Mills Company, entidad de los Estados Unidos que tenía entre sus propósitos monopolizar todo el acontecer azucarero de la parte norte de las provincias orientales.

A raíz del acelerado ritmo de las obras, la empresa construyó un entorno arquitectónico-poblacional que permitió erigir el asentamiento aledaño a la industria. Los primeros pasos en la consolidación del batey azucarero estuvieron encaminados a asegurar el soporte para su mano de obra fundamental, que procedía de otras regiones de Cuba y el exterior.

El investigador Prudencio Caballero Peña destaca que “la arquitectura proviene de las influencias californianas, del oeste norteamericano. La demarcación se divide en barrios con sus respectivos nombres: Poblado, Vista Alegre y El Rincón. Eso termina siendo expresión de las diferencias de clases, porque hay, por ejemplo, bloques arquitectónicos elaborados a partir de la mampostería usada en la época en EE.UU., con ladrillos rojos, donde habitaban los trabajadores con cierto rango, dígase quienes ejercían tareas de oficina y los que tenían algunos cargos”.

En el Poblado se respiraban aires de aristocracia, con la belleza de jardines y

propiedades espaciadas. Un peldaño por debajo, pero con similitud de confort, destacaba Vista Alegre, área con viviendas de madera, también con tipología norteamericana, donde el ambiente dictaminaba el poder adquisitivo por encima de la media. Por su parte, El Rincón poseía características de un barrio más pobre, apartado del núcleo urbanístico, con locales de madera y alejados de riqueza. El crecimiento apresurado del ingenio en el período de 1927 a 1929, cuando estableció récords mundiales en la elaboración de sacos de azúcar, estuvo aparejado con olas masivas de inmigración, provenientes del Caribe, en específico: Jamaica, Barbados, Antigua y Barbuda y Haití.

“Estos inmigrantes se asentaban en colonias aledañas, y los que se quedaron en el batey lo hacían en las llamadas cuarterías; había de madera y otras de mampostería”, constata Caballero Peña.

Dentro del paisaje de la naciente demarcación, el higuillo, árbol de gran altura, copioso, adornaba la simetría de las calles con el objetivo no solo de ofrecer sombra, sino para que sus copas recogieran



los residuos desprendidos por el central.

Los recuerdos del pasado, por medio de las edificaciones, se vuelven cada vez más frágiles. El museólogo Abel Sastre Matos resalta la necesidad de conservar parte del acervo material en el territorio.

“En la actualidad, la falta de madera y otros recursos no hacen posible que propietarios y el Estado puedan reparar los inmuebles, que se deterioran rápidamente. Constituye un patrimonio en peligro al no existir las condiciones para su mantenimiento y conservación. Corremos el riesgo de perder la belleza arquitectónica del sitio”.

Prudencio Caballero detalla que unas viviendas exhiben mejor “salud” que otras. Las de madera han corrido con la peor suerte, pues este material se deteriora con mayor facilidad y algunos eventos meteorológicos condicionaron el hecho de que fueran desapareciendo y en su lugar surgieran tendencias contemporáneas.

Delicias engendra tradiciones de melaza, apellidos con la herencia del sudor en cañaverales o en la armazón metálica. Las moradas no escapan del relevo generacional, pero en ellas permanecen las mismas familias de modo consecutivo.

“Cuando me mudé para esta casa recuerdo que tenía una

estructura bastante similar a la actual: idéntica repartición de cuartos (cuatro); la sala larga, cómoda. Al ver mi hogar pudiera hacer verso, poesía con las ideas y las memorias que tengo”. Así lo vislumbra Ángel Pérez Peña si se le pide una nota de recuento de las paredes que lo han acogido. Para uno de sus hijos, José Pérez Rodríguez, las tablas, el techo por todo lo alto, las habitaciones espaciosas, las ventanas y sus barrotes poseen un valor incalculable. Así lo concibió desde la niñez, cuando veía el mundo a través de los ojos de sus padres y dejaba remembranzas por cualquier rincón.

“Nunca he pensado en mudarme, yo llevo viviendo en

este lugar 60 años. Aquí están los mejores recuerdos de mi vida, la infancia y el barrio”.

Hasta donde la vista alcanza, se observa a José asentir, enmascarar una sonrisa, de esas imposibles de hacerlo por la carga emocional que conllevan, cuando escucha, en voz de su padre, el más sublime significado de la vivienda: familia.

Lazos similares atan a Aymé Díaz Labadid. Vínculos fuera del espectro visual, pero con la fuerza del alma, donde las palabras no hacen justicia a los sentimientos.

“Mi abuelo, Domingo Labadid, era el jefe del Taller de Maquinaria, por eso le dieron esta casa y vivió con sus 10 hijos. Cada uno fue tomando su camino y solo se quedaron mi mamá, Juana Labadid, y mi tío, ambos ya fallecieron.

“Ahora vivimos mi hija, mi nieta y yo. Si me dan la opción de venderla, digo que no, pues le tengo mucho amor por los que han habitado en ella. Espero que la generación que me sigue también la mantenga”.



Delicias
Cielo de hollín
y horizonte de cañas

Manatí: del esplendor a la inopia

La producción de azúcar fue por más de 90 años la principal actividad económica del municipio de Manatí, consecuencia directa de la penetración del capital norteamericano y el efecto de una economía

monoproductora y dependiente. Desde la construcción del central en 1912 hasta su cierre en el 2002, el cultivo de la caña y su empleo para la fabricación del azúcar constituyó fuente de ingresos familiares y núcleo fundamental de tradiciones y costumbres con un significativo arraigo cultural.

Cuando el reordenamiento del sector azucarero hizo que el complejo agroindustrial (CAI) Argelia Libre dejara de tener el protagonismo socioeconómico, la vida de la gente cambió de manera traumática, y con ello, todo el engranaje sociocultural de más de una generación.

Basta analizar que en ese momento el Ministerio del



Azúcar (Minaz) poseía en suelo manatiense, entre otros dominios, una potente fábrica de azúcar y 26 mil 732,6 hectáreas de tierra dedicadas al cultivo de la caña, así como centenares de trabajadores vinculados con ese quehacer productivo.

La historia había comenzado antaño en el ingenio Vista Hermosa. El **Diccionario Enciclopédico de Historia Militar de Cuba** señala que se fundó el 28 de abril de 1857 y el propietario era Manuel Francisco Agüero. Tuvo una vida productiva corta. La tea incendiara mambisa le puso fin en 1871 y así cerró la primera etapa de la entronización del azúcar en la región.

Luego de la Guerra de 1895, la ocupación militar de la Isla por tropas norteamericanas y la posterior proclamación de la República, el Gobierno de Estrada Palma y los que le siguieron abrieron las puertas al capital extranjero, como

solución para reconstruir el país tras varios años de contienda bélica.

Esos intereses económicos impulsaron la creación a finales de 1911, de la Manatí Sugar Company. El propósito era la edificación de un central y fomentar la producción y exportación de azúcar. Casi 40 años después, controlaban más de siete mil caballerías de tierra y lograban una producción que superó las 104 mil 400 toneladas. De esta manera se convirtió en uno de los más sobresalientes latifundios cañeros del oriente cubano.

La fundación del central Manatí en 1912, bajo el control mayoritario de la familia Rionda, constituyó un importante fenómeno socioeconómico. Se convirtió progresivamente en el área de mayor crecimiento de la región. Numerosos sitios perdieron poco a poco su protagonismo para ceder lugar al nuevo poblado, que

floreció aledaño al ingenio. El batey resultó el centro de un proceso en el que se consolidaban los valores identitarios y se manifestaron las expresiones materiales y espirituales del lugareño.

La compañía azucarera desarrolló por otras regiones del país una amplia campaña propagandística para captar fuerza de trabajo. Familias de La Habana, Camagüey, Sancti Spíritus, Gibara, Guantánamo, Puerto Padre y Victoria de las Tunas llegaron a Manatí para asentarse y emplearse en la faena azucarera. Estos grupos se sumaron a los nativos y a los inmigrantes caribeños que llegaron hasta estas tierras. Así el azúcar configuró la mano de obra, tendencia permanente durante las décadas de existencia del central.

Otras esferas productivas se subordinaban a la industria para garantizarle el soporte material. Luego del triunfo de



la Revolución se produjo una modificación en la forma de hacer, pero el contenido siguió siendo el mismo. Manatí debe al azúcar su propia existencia como batey y centro administrativo. Le adeuda también la articulación de una cultura del trabajo y el ser instrumento de inserción en el sistema de relaciones comerciales.

Con el reordenamiento del Minaz se produjo un fenómeno que impactó esa configuración laboral: desaparecieron decenas de puestos de trabajo como resultado de la paralización del central y la reorganización de las tierras dedicadas a la gramínea. Se cerraron, o pasaron al Ministerio de la Agricultura, numerosas entidades que aseguraban la actividad en el municipio.

A pesar de esta situación, el linaje azucarero y el **know how** colectivo que creó el azúcar permanecen latentes.

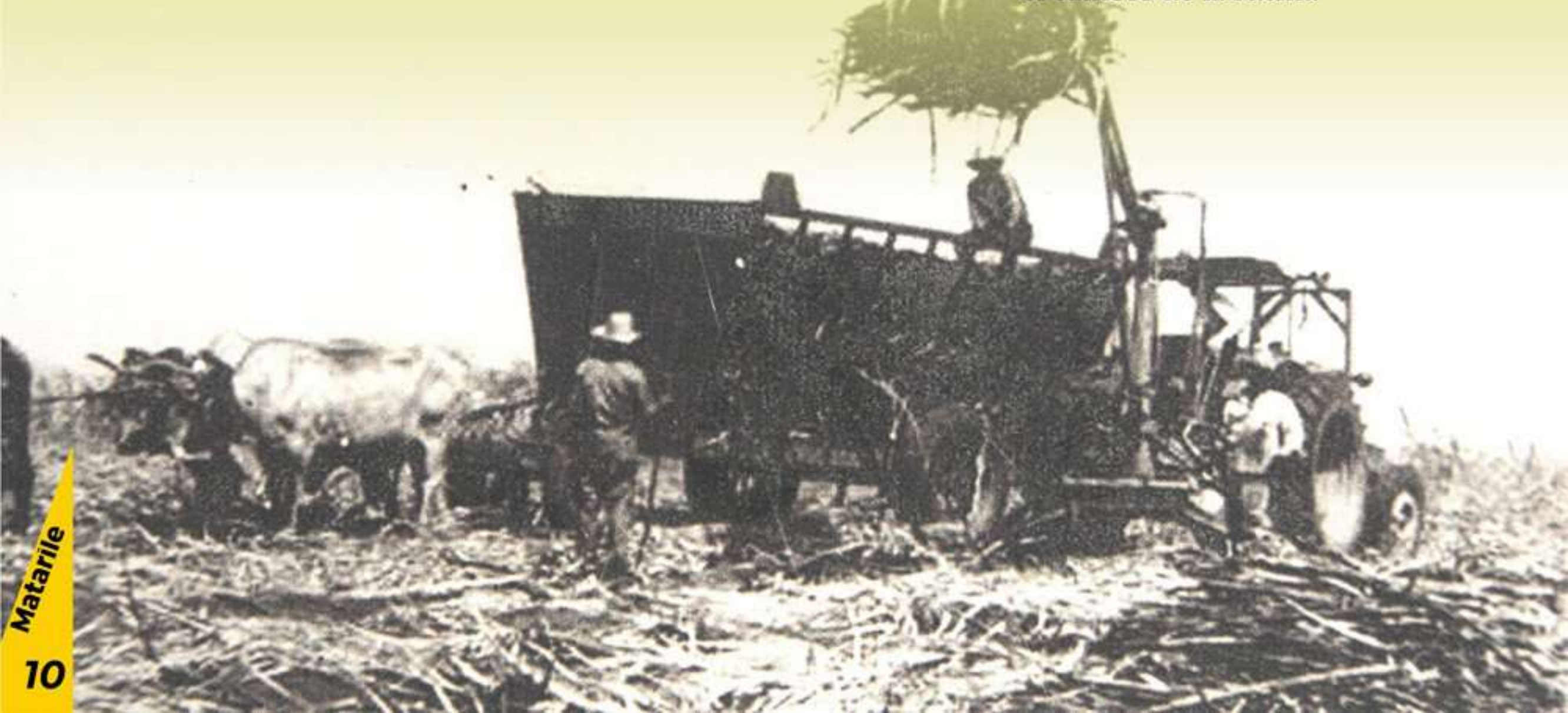
Dicha herencia cultural se manifiesta en la existencia de plantones de caña en casas del área urbana y muchos explican que son un recordatorio permanente de su origen y del pasado que pesa en sus memorias. Tal sentido de pertenencia se percibe menos en los más jóvenes, lo cual es síntoma del desarraigo que trae el tiempo, el implacable.

A raíz de la fundación del central, en Manatí se dio un fenómeno consustancial con este hecho: la aparición del colonato. Los colonos se convirtieron en los principales abastecedores de materias primas para el ingenio. Muchos se vieron obligados a contratar únicamente con la compañía, otros, con un poco más de solvencia económica, pudieron hacerse de mejores posiciones frente al monopolio azucarero y prosperaron.

Con la aplicación de la

Reforma Agraria desaparecieron de la estructura clasista cubana. Sin embargo, perviven en la memoria colectiva. Hacia las colonias se trasladaron inmigrantes anglo y francoparlantes durante la aplicación de la política de importación de braceros antillanos. Allí formaron familias. Su huella está hoy en sitios como Meriño, San Rafael y Las Catalinas, lugar que conservó, por varios años, entre los exponentes de la cultura popular tradicional, el grupo folclórico Manyé Diffé.

El ferrocarril llegó hasta aquí de manos del azúcar. Casi al unísono con la construcción del ingenio se inició el montaje de la Línea Centro, nombre dado a la vía de 42 kilómetros que unió el batey con la Cuba Railroad en Levanón. Esa presencia influyó notablemente en la consolidación económica de la compañía. Significó, además, el cambio de la rutina



cotidiana de los pobladores. La fábrica manatiense llegó a poseer uno de los más avanzados equipos ferroviarios de la época. La mayoría se trajo directamente de los Estados Unidos y corrieron por primera vez en esta zona. El parque incluía locomotoras, vagones para transportar caña, casillas, planchas, carros tanque para agua, miel y combustible, góndolas y carros para leña. Entre las marcas más importantes sobresale la Baldwin.

Precisamente, el ferroviario fue uno de los patrimonios más golpeados por el reordenamiento. Debido a diversas causas, el antiguo equipamiento se sustituyó por otro más moderno, proveniente casi todo del extinto campo socialista. Sin embargo, mientras el "Argelia Libre" mantuvo su protagonismo económico, un número significativo de esos equipos americanos

continuaron funcionando, gracias a la inventiva de mecánicos e ingenieros. Cuando el cierre definitivo, tanto lo que quedaba del parque original como el que lo sustituyó se vendieron unos a Materias Primas y otros a diferentes empresas cañeras. Solo quedaron dos locomotoras y algunos coches de pasajeros, de los cuales ya no hay nada.

Asimismo, las vías férreas dejaron de ser atendidas por el Minaz. Un grupo considerable de rieles y vigas de hormigón fueron desmontados y empleados en la construcción de vaquerías en consonancia con el cambio de objeto social de las antiguas unidades cañeras.

La Estación de Ferrocarril también ha recibido los embates del tiempo y la falta de mantenimiento amenazan con acelerar su deterioro. En esta edificación conviven esta estación, la Terminal de Ómnibus y el museo

municipal Jesús Suárez Gayol.

Otro capítulo de las nostalgias se centra en el patrimonio arquitectónico. Lo primero que resaltaba a la vista de cualquier visitante eran las imponentes instalaciones del central. Hoy, prácticamente no queda nada en pie. Las principales estructuras se demolieron. Inmuebles como la Oficina del Reloj (Administración desde la fundación de la fábrica) acogió por algunos años la sede del Centro de Desarrollo Local y recibió acciones de mantenimiento y rehabilitación. Sin embargo, actualmente se encuentra ocupado por la Dependencia Interna del Poder Popular y la Dirección de Supervisión Integral, y sus funciones para la capacitación dentro de la Estrategia de Desarrollo Local se han sustituido por actividades administrativas.

La Casa del Trabajador Azucarero (residencia de los administradores) está en



ruinas. La planta de hielo es ahora un taller de mecánica de la cooperativa de créditos y servicios Mártires de Manatí, la antigua planta eléctrica y el turbo acoge los talleres de la unidad empresarial de base (UEB) Acueducto y Alcantarillado, y el Taller de Locomotoras prácticamente no presta ese servicio, salvo a algunos ferrobuses y el ya inoperante coche-motor. Mejor suerte han tenido otros recintos como el Taller de Maquinado, que mantiene su función primaria.

El sitio donde se levantó la casona de Eduardo Diez de Ulzurún, marqués de San Miguel de Aguayo, el primer administrador del central hasta 1925 y representante de los intereses de Manuel Rionda Polledo, es un organopónico. Allí solo quedó la cerca, la verja, algunas columnas y la fuente en la entrada, todas en franca destrucción. Un panorama similar exhibe las antiguas viviendas de tabloncillo y techos de zinc o amianto que integraron el batey original. Tras varios años sin acciones de conservación, evidencian un marcado deterioro, especialmente después del paso del huracán Ike en el 2008.

También desapareció el edificio de la Iglesia católica, ligado directamente al complejo cultural del azúcar,

al ser el resultado del accionar de la Manatí Sugar Company, en su afán de mantener dentro de sus predios la fuerza de trabajo. Esta construcción de madera y teja al estilo Balloon Frame, fue inicialmente concebida como escuela pública para niñas en 1918, pero por la lejanía de la capilla ubicada en Dumañuecos, a petición de Hortensia del Monte y de Varona, esposa de Eduardo Diez de Ulzurún, se convirtió en templo católico.

Esta iglesia atesora los libros de bautismos de la región y el acta fundacional de la parroquia de San Miguel en 1857, con datos valiosos del antiguo caserío, considerado célula germinal del actual municipio.

Una situación igualmente triste mantiene el cine teatro Manatí. Tras varios años de espera por una rehabilitación general, ha visto extendido el proceso y resulta doloroso observar cómo esta joya de la arquitectura patrimonial va perdiendo su esplendor. Propiedad de la compañía azucarera fue inaugurado en 1944 y desde su fundación ha ocupado un notable lugar en la cultura manatiense. El Registro de Inmuebles recoge como sus valores patrimoniales: ser exponente del protorracionalismo y preservar lunetas y equipamiento que se

utilizaron en sus primeros años.

El azúcar y la cultura que se forjó en Manatí fueron la razón de ser de su batey, primero; poblado cabecera, después. Al interrumpirse el proceso económico gestado por el azúcar, se produjeron fenómenos sociales que impactaron de manera contradictoria. Tal es el caso de la incertidumbre cultural. Esta se evidenció en manifestaciones de desarraigo, y en otras como caída de los principales indicadores productivos, reducción significativa del área para caña y lentitud en la implementación de nuevas formas de gestión agrícola.

En este mismo sentido, debe plantearse que la aplicación del reordenamiento sin una visión cultural ocasionó efectos traumáticos entre los que forjaron su identidad vinculados con el complejo cultural del azúcar. Fue, sin dudas, un proceso demoledor. Sus consecuencias: inseguridad, desconfianza, angustia y tristeza, por un mundo que se les iba de las manos sin remedio; sentimientos negativos que se integraron al desolado paisaje de las antiguas colonias azucareras de Manatí.

Un hecho particularmente notorio fue el que manos irresponsables sacaran de la bóveda del central

documentos de época. Entre estos papeles se hallaban nóminas de pago firmadas por antiguos administradores de la industria, vales de recibo, fotografías, facturas de compras y ventas de piezas de repuesto, maquinarias y azúcar, estados financieros de la industria y situación de las colonias, así como otra papelería relacionada con la vida del batey. Con posterioridad, personal de los archivos provinciales de Las Tunas y Santiago de Cuba trasladaron a sus depósitos una parte significativa de lo que quedaba en el local, incluido el material sobre el puerto de Manatí.

Institucionalmente, el Minaz trazó ideas básicas en relación con el reordenamiento del sector y el patrimonio azucarero. No obstante, esta acción en tierra manatiense quedó limitada al examen económico y empresarial del asunto. Los encuentros con trabajadores de la agroindustria por parte de representantes locales se circunscribieron a analizar las razones para la instrumentación del proceso, sin dejar espacio para pensar cómo proteger esa riqueza. Se pensó que era responsabilidad de las instituciones culturales.

Sin embargo, la labor del museo Jesús Suárez Gayol para la preservación del patrimonio azucarero se ha

centrado en la parte histórica y material del mismo, con las acciones del Proyecto Manatí en Imágenes. El universo inmaterial ha quedado para el quehacer de la casa de cultura Olga Alonso dentro del ámbito de la cultura popular y tradicional, en lo fundamental como un elemento para la superación de promotores e instructores de arte.

Es así que la ausencia de acciones concretas para la conservación de los bienes materiales y espirituales relacionados con el complejo cultural del azúcar laceran la identidad de las antiguas comunidades azucareras de Manatí, toda vez que desde el punto de vista institucional no hay respuesta a esta necesidad.

En mejores condiciones se encuentran las comunidades hoy vinculadas con la producción cañera, entre ellas, Meriño, Managua, La Guinea, Picanes, Gramal y Tania, donde aún pueden observarse oficios tradicionales enlazados al cultivo de la gramínea, modos de vida dispuestos por la dinámica de los cortes de caña durante la zafra y el tiempo muerto; así como algunas acciones de conservación del patrimonio material, propiedad de las unidades productivas.

Los Dandy del '50, el ritmo de un tiempo dulce y añejo



El nacimiento de la conga Los Dandy del '50 no dista mucho del de otras tantas agrupaciones afines, hijas confesas de la emigración caribeña que se asentó en los alrededores más pobres de los centrales azucareros cubanos y trajo consigo sonidos, tradiciones y saberes.

Cuentan que en febrero de 1919, en los días en que los trabajadores del ingenio organizaban actividades carnavalescas en el Club Chaparra y la Unión Social, se escucharon por primera vez los acordes de una conga por aquellos parajes. Esos son - aseguran los entendidos- los

anales mismos de la tradición que tiene a Los Dandy del '50 entre sus exponentes más descollantes, desde hace siete décadas, de manera ininterrumpida.

Las primeras presentaciones formales del grupo se dieron después, en las fiestas de Pascua y año nuevo a finales de la década de 1940, cuando Nicolás Carralero y sus hijos organizaron una nutrida comparsa con 40 parejas de baile.

Por esas fechas, alrededor de 135 personas del pueblo se juntaron con la misión de llevarse el puesto cimero entre sus similares en los nada despreciables carnavales de

Puerto Padre. Y lo lograron. Todavía lo cuentan entre sonrisas, descendientes de Alcides Barrera, Ramón Puig, Orlando Muñoz, Raúl Figueredo, Ricardo Ingram, Ramón Rodríguez y otros tantos.

Ya desde el 19 de marzo de 1949 andaban bien armados en los asuntos de buscarse un nombre. Pero con el seudónimo que escogieron para trascender se les conoció en los carnavales y las fiestas de fin de año de 1950, como acierto de fe.

Con ellos no clasifica aquello de que "nadie es profeta en su tierra" y si usted lo duda, desande el batey del terruño y pregunte; le aseguramos que los ojos de

muchos brillarán de alegría al recordar los deliciosos paseos a lo largo de la Calle 4, una jornada cualquiera.

Poco a poco han llegado a marcar época dentro de esta Isla diversa y bailadora; al punto de que ciudades tan distinguidas como La Habana, Bayamo y hasta la mismísima Santiago de Cuba más de una vez han solicitado que arrollen por allá en sus festejos y, en todos los casos, han pedido que se repita la visita, y pronto.

Aunque una retahíla de muchachones jóvenes conforma hoy el elenco y la mayoría de los viejos se mantiene en sus casas, o han muerto, sigue siendo la raíz caribeña que les dio aliento entre jolgorios de batey y fiestas de

culminación de zafra, la que marca cimientos y caminos.

Al que no lo crea le muestran a su director, Miguel Linch, el gran Tres Filos. Un descendiente de haitianos, setentón y poco escolarizado que te explica que el sello de la conga no está en las cuatro tamboras y la trompeta china, sino en el combustible que les da el ron, "porque el carro sin gasolina no camina". Y te cuenta en su jerga enrevesada que cuando el codo se empina sale mejor el ritmo, se entienden más los arreglos del trompetista y la improvisación, sobre todo si tiene como madre la música cubana, se escurre por alguna parte del cuerpo, conecta con la cadencia y hace la maravilla.

Tres Filos suelta una carcajada

bien sonora, como el júbilo que lucen sus ojos oscuros, ya claros por la vista de tantos almanaques y el recuerdo constante de los difuntos. Con un pie encaramado en la mesa con absoluto desparpajo, recuerda los años de ganar un concurso y recibir el jugoso premio de 10 cajas de ron y 20 de cerveza, más cuatro carneros cebaditos para hacer un festejo de altura.

"Ahora son otros tiempos, pero usted pregunte por Los Dandy en cualquier lugar. Si es en Las Tunas, hable con la conga Mau Mau o la comparsa Zabala, ellos le van a decir cómo sonamos nosotros todavía. Ya no se hacen carnavales grandes, mas lo de nosotros sigue siendo salir con alegría y la gente va detrás,





siempre, eso nunca ha sido distinto”.

Orgullosos están de su paso por las ligas azucareras de béisbol, en las que eran punto fijo en el graderío para apoyar a los suyos en los años de verdadero esplendor de esas lides; y también de las muchas personas que, viviendo en otras partes del mundo, los tienen entre sus mejores recuerdos de juventud y hasta de la mano de alguna que otra travesura adolescente.

Ahora, Tres Filos ha ido

delegando, como la generación de la que forma parte. Es su nieto, junto a la andanada de primos, amigos que son familia y parientes de múltiples lados, que crecieron entre los toques del tambor, quienes andan ahí, haciendo verdad cada sonido de la conga, mientras él, expectante, se mantiene guiando, orientando, para que la melaza no se escurra del todo y la alegría de los acordes mantenga el hálito terco de sus ancestros, como pito de central.

Los Dandy del '50 hacen descargas los sábados y domingos, aunque han sido bastante intermitente desde que la covid-19 lo trastocara todo. Ellos son el ritmo de un tiempo, el lamento de la tradición que no quiere morir, el llamado al regreso para el ausente y la nostalgia perenne del abuelo. Sí, todavía arrollan con brío y marcan, en Chaparra, pasado, memoria y porvenir.

Hombre azúcar

Todas las historias de Rubén tienen décadas auestas. Que si su padre jamaicano le dedicó más de medio siglo al ferrocarril, que si lleva ese tiempo de casado, que si acumula 87 almanaques en el reino de los vivos...

A las historias de Rubén Williams White es fácil imaginarlas peinando canas, caminando despacio, desgranando peripecias que él mismo vivió; sin embargo, solo una le arranca un adjetivo que repite y repite, y lo saborea cuando lo pronuncia, como si esa palabra atrapara sentimiento y razón: "lindo". Justo él que es más de verbo. Pero

no puede evitarlo, cierta pregunta lo provoca: "¿Cómo es posible dedicar 50 años a una fábrica de azúcar?".

Rubén o Williams, "como quiera llamarme", es uno de los cincuentenarios del central Colombia. Unos pocos hoy viven y él es el presidente del comité formado con esos hombres patojos ya, que olvidan cualquier achaque si hay que ir al ingenio y dar consejos, alertar, instruir, porque nadie como ellos para saberle los secretos a aquel monstruo de hierro y dulce. "Llegaste miya..., pensé que te habías perdido.... ¡Rubéeen! ..., la

periodista". Fue la bienvenida al diálogo en la sala de la casa de una familia que ha tejido su álbum al compás del pito del central, como tantas otras allí, en el pueblo alguna vez llamado Elia, pues alguna vez así también se nombró su industria-corazón. Aquella que arrancó su primera zafra el 28 de febrero de 1916.

CAPÍTULO I: RUBÉN Y SU "AMOR" SE CONOCEN

Empecé a trabajar en la limpia de caña allá en Borbollón, y en 1958 me pasaron al central, exactamente el primero de febrero. Entré como suplente de lo que antes le decían peón - ahora sería un ayudante- en la casa de caldera, donde se fabrica el azúcar.

Fui aprendiendo, poniéndole interés, porque todo es de ponerle interés, y poco a poco subí por los distintos departamentos. Cuando entré tenía cuarto grado, después que triunfó la Revolución me vieron para que estudiara en la Escuela de Puntistas en el '66 y luego en la de cuadros administrativos.

Llegué a ser puntista, y con los años, jefe de turno en el departamento de casa de caldera. Seguí cogiendo experiencia y también me hice mecánico. Así, en zafra era jefe de turno y en los otros meses, mecánico.

Luché con todo eso, hasta que vino el momento de decirle adiós

CAPÍTULO II: HAY COSAS QUE LA PERIODISTA NO ENTIENDE... Y QUIERE SABER

Cincuenta años... yo sé, yo sé... es mucho tiempo... y más ahí que hay que trabajar en alturas, sobran los peligros... 24 horas produciendo, lo mismo entras que sales a las 3:00 de la mañana. Pero es lindo.

Al acabar la campaña me iba a reparar otros ingenios. Fui a Jobabo, a Macareño (Camagüey). Pasé la zafra del '70 en Hatuey (Camagüey) y el central Ecuador (Ciego de Ávila). Fue duro, duro. Se dormía poco, tres o cuatro horas. Como estaba de jefe, cada vez que llegaba alguien de visita, aunque estuviera durmiendo, me iban a buscar.

No parábamos nunca, era trabajo ahí, ahí, ahí. Fue grande eso y no se pudieron hacer los 10 millones, quizás se hubiera podido..., había casi para hacerlos, pero 10 millones era mucho.

Cincuenta años... ya sé... es bastante. Perdí la cuenta de los compañeros a los que enseñé, esa era la única manera de tener garantía de mi trabajo. ¿Cómo iba a ser jefe de turno entonces?

Dentro de una fábrica así, además del proceso industrial, tú aprendes a conocer a la gente, tanta gente..., uno aprende de ellos y ellos de ti. Yo no era el único que sabía...

CAPÍTULO III: CUANDO INTENTA EXPLICAR SU AMOR...

Hacer azúcar llama mucho la atención, eso es un guarapo que



entra, un agua prácticamente, casi con fango, porque la cachaza es eso. Separar el agua de ese fango y llevarla a hacer los granos de azúcar, es lindo. Parece nada, pero uno se va enamorando y constantemente estás viendo eso, ahí, pendiente de todo...

El final del proceso es muy grande. Nunca ha perdido el encanto para mí. ¡Siempre me sentí tan bien allá dentro!


A veces terminaba mi turno, y desde la casa escuchaba el pito de parada. Enseguida me inquietaba, algo pasó. Y para allá me iba otra vez.

Cuando la desaparición de varios ingenios, menos mal que el de

nosotros no lo tocaron. Era malo que se perdiera tanta experiencia. Lo que sí estuvo parado ocho años, ya yo estaba jubilado.

Fíjese si mi amor por ese lugar es grande que me hicieron presidente del Consejo de Cincuentenarios, eso indica que puedo seguir enseñando. En el caso del puntista, la vista y el tacto ayudan mucho. Hay que verificar si el grano está cristalizando bien, qué porcentaje de granos hay; es un cálculo a la vista, una habilidad que solo la da la experiencia, la experiencia.

Extraño el olor, y más que todo, el ruido. Ese ruido llama, se



impregna en uno de tal manera... Igual, si conoces los ruidos dentro del central, los propios sonidos te pueden decir si hay algún problema.

Malo, malo fue cuando me retiré en el 2002. Adaptarme a estar en casa. No me hallaba. Aunque fuera un ratico, pero iba con frecuencia y subía a los tachos para ver el grano de azúcar.

CAPÍTULO IV: DE LAS INTERIORIDADES DE SU AMOR

Nuestro ingenio siempre ha tenido trabajadores buenos. Resulta imprescindible en una fábrica de este tipo que cada persona cumpla bien lo que le toca, porque es un proceso en el que, si falla uno, se rompe el ciclo. "Colombia" y Siboney (Camagüey) eran de los mejores en la calidad del grano.

Tengo la dicha de ser uno de los que más azúcar produjeron.

Estuve 12 días consecutivos sacando 200 y pico de toneladas en mi turno (lo que sería la norma de un día completo en época reciente en esa fábrica). Y el pito del central les avisaba a todos que habíamos cumplido el plan del turno o de la fecha.

Una vez, el jefe al que yo relevé, de 3:00 am a 11:00 de la mañana, me comentó: "Oye negro, te dejé eso limpio, tú no vas a sacar hoy 200 toneladas". "Bueno, ya veremos", le contesté. Y empezamos, pan, pan, pan y a las 10:00 am llegué a la sala de control para ver cómo andaba la cosa, faltaban 25 toneladas para las 200. "Ahorita vengo", dije. Ese día, a las 11:00 am, terminamos con 235.

Algo así solo se puede lograr siguiendo constantemente cada paso, ahí, ahí. Yo no descansaba, caminaba mucho. Del piso hasta donde tenía que ver el proceso había 72 escalones. Sube y baja.

Sube y baja. Comprobar que todo el mundo estuviera en su lugar, haciéndolo bien; ayudar en cualquier deslíz...

Existen cuestiones que parecen mínimas y deciden; por ejemplo, en la centrífuga no se puede perder tiempo y menos abusar del agua. Todo tiene que entrar bien en caja.

A Rubén ya las rodillas y otros males no le dejan dar sus acostumbradas vueltecitas por el central, pero él sigue soñando con el futuro: "Yo encuentro bonito, lindo, eso de que la juventud se interese y nos haga preguntas. Es un gesto que vale mucho. Mi preocupación de hoy es que nuestra industria siga adelante".

Y qué importa que las piernas no sean las mismas de antes; su memoria, sin el menor esfuerzo, le devuelve el olor, el ruido, el azúcar cristalizada, la ocasión de un consejo. Solo él y otros miles de su "casta" saben descifrar la belleza de esos recuerdos.

A RUFINA

A RUFINA

Invitación primera
(Fragmento)

Recorreremos los dos
nuestras feraces campiñas,
bendeciremos a Dios,
y entre los mangos y piñas
de mil delicias en pos
iremos a las montañas
y en las humildes cabañas
cuya sencillez bendigo,
comeré junto contigo
dulces y sabrosas cañas.

A RUFINA

Invitación segunda
(Fragmentos)

Tú en mi caballo alazán
Y yo en la yegua tordilla
De la estancia por la orilla
Correremos con afán.
Verás qué verdes están
Los palmares inmediatos,
Contemplantos los boniatos,
Y las cañas bulliciosas
Y en estas y en otras cosas
Pasaremos bellos ratos.

Pronto verás las orillas
del arroyo y las barrancas,
cómo se cubren de blancas
y fragantes campanillas
Las ciruelas amarillas

están madurando ya,
muy pronto sazonará
la fresca y sabrosa caña,
y el mijo allá en la montaña
también madurando está.

De un ingenio que hay vecino
Te enseñaré los primores,
Los negros trabajadores
Y las pailas y el molino.

De blanco azúcar refino
Verás al sol los tendales,
Y allá en los cañaverales
Has de oír aunque te
inquietares,
Fuertes golpes de machete,
Voces de los mayores.

Y en fin, cuando nos
cansemos
De tanto correr ufanos,
Cantando versos cubanos
A mi estancia volveremos.
Allí mil cosas haremos
Que quedarán inter—nos
Y descansando los dos
Sobre rústicos asientos,
Bendeciremos contentos
A nuestra Patria y a Dios.

Juan Cristóbal Nápoles Fajardo



Las carretas en la noche

Mientras lentamente los bueyes caminan,
las viejas carretas rechinan... rechinan...

Lentas van formando largas teorías
por las guardarrayas y las serventías...

Vadean arroyos, cruzan las montañas
llevando el futuro de Cuba en las cañas...

Van hacia el coloso de hierro cercano:
van hacia el ingenio norteamericano...

Y como quejándose cuando a él se acercan,
las viejas carretas rechinan... rechinan...

Espectral cortejo de incierta fortuna,
bajo el resplandor de caña de la luna...!

Dando tropezones, a obscuras, avanza
el fantasmagórico convoy de esperanza.

La yunta guiadora de la cuerda tira,
mientras el guajiro canta su guajira...

Ovillo de amores que se desarrolla
en la melancólica décima criolla:

"Hoy no saliste al portal
cuando a caballo pasé:
guajira: no sé por qué
te estás portando muy mal..."

Y al son de estos versos rechinan inquietas
con su dulce carga las viejas carretas...

"En el verde platanal
hoy vi una sombra correr:
mucho tendrá que temer
quien te me quiera robar,
que ya yo tengo un altar
para hacerte mi mujer".

En bruscos vaivenes se agachan, se empinan...
las viejas carretas rechinan... rechinan...

Las ruedas enormes, pesadas, se atascan...
Los bueyes se lamen los morros y mascan...

Jura el carretero, maldice, blasfema,
y cada palabra es un anatema...

Detiéndose el tardo cortejo a ayudar
a quien paso libre tiene que dejar.

Aquí de las piedras que calcen las ruedas,
los troncos robados a las arboledas...

El esfuerzo inútil y la imprecación...
La frase soez y la maldición...

Oh guajiro... y mientras a gritos maldices,
los bueyes se lamen las anchas narices...!

Al fin sobre firme terreno ha rodado
el carro de caña de azúcar cargado.

Y de otra carreta sale una canción
que exorciza el eco de la maldición:

"Yo nunca podré aspirar
a darte un beso de amor:
tú conoces mi dolor
y no lo quieres calmar".

Y al son de estos versos rechinan inquietas
las tardas, las viejas carretas...

"Te vas al pueblo a bailar
y no te acuerdas de mí;
de mí que me quedo aquí,
y que como buen poeta
te dedico esta cuarteta
que he sacado para ti".

En bruscos vaivenes se agachan, se empinan...
las viejas carretas rechinan... rechinan...

El ingenio anuncia cambio de faena
con un prolongado toque de sirena.

Y a través de sombras fantásticas brilla
como gigantesca lámpara amarilla,

soplando cautivos vapores rugientes
hacia los irónicos astros esplendentes.

Por las guardarrayas y las serventías
forman las carretas largas teorías...

Vadean arroyos... cruzan las montañas
llevando la suerte de Cuba en las cañas...

Van hacia el coloso de hierro cercano:
van hacia el ingenio norteamericano,

y como quejándose cuando a él se avecinan,
cargadas, pesadas, repletas,
icon cuántas cubanas razones rechinan
las viejas carretas...!

Agustín Acosta





Devuelto

A la cara de mi hijo
que duerme, bajan
arenas de las dunas,
flor de la caña
y la espuma que vuela
de la cascada...

Y es sueño nada más
cuanto le baja;
sueño cae a su boca,
sueño a su espalda,
y me roban su cuerpo
junto con su alma.

Y así lo van cubriendo
con tanta maña,
que en la noche no tengo
hijo ni nada,
madre ciega de sombra,
madre robada.

Hasta que el sol bendito
al fin lo baña:
me lo devuelve en linda
fruta mondada
¡y me lo pone entero
sobre la falda!

Gabriela Mistral



Idilio muerto

Qué estará haciendo esta hora mi andina y dulce Rita de junco y capulí;
ahora que me asfixia Bizancio, y que dormita
la sangre, como flojo cognac, dentro de mí.

Dónde estarán sus manos que en actitud contrita
planchaban en las tardes blancuras por venir;
ahora, en esta lluvia que me quita
las ganas de vivir.

Qué será de su falda de franela; de sus
afanes; de su andar;
de su sabor a cañas de mayo del lugar.

Ha de estarse a la puerta mirando algún celaje,
y al fin dirá temblando: "¡Qué frío hay... Jesús!"
y llorará en las tejas un pájaro salvaje.

César Vallejo

Árbol de canción

Para Ana María Dalí

Caña de voz y gesto.
una vez y otra vez
tiembla sin esperanza
en el aire de ayer.

La niña suspirando
lo quería coger;
pero llegaba siempre
un minuto después.

¡Ay sol! ¡Ay luna, luna!
un minuto después.
Sesenta flores grises
enredaban sus pies.

Mira cómo se mece
una y otra vez,
virgen de flor y rama,
en el aire de ayer.

Federico García Lorca

Piedra de horno

La tarde abandonada gime deshecha en lluvia.
Del cielo caen recuerdos y entran por la ventana.
Duros suspiros rotos, quimeras lastimadas.
Lentamente va viniendo tu cuerpo.
Llegan tus manos en su órbita
de aguardiente de caña;
tus pies de lento azúcar quemados por la danza,
y tus muslos, tenazas del espasmo,
y tu boca, sustancia
comestible y tu cintura
de abierto caramelo.
Llegan tus brazos de oro, tus dientes sanguinarios;
de pronto entran tus ojos traicionados;
tu piel tendida, preparada
para la siesta:
tu olor a selva repentina; tu garganta
gritando -no sé, me lo imagino-, gimiendo
-no sé, me lo figuro-, quemándose- no sé, supongo,
creo;
tu garganta profunda
retorciendo palabras prohibidas.
Un río de promesas
desciende de tu pelo,
se demora en tus senos,
cuaja al fin en un charco de melaza en tu vientre,
viola tu carne firme de nocturno secreto.
Carbón ardiente y piedra de horno
en esta tarde fría de lluvia y de silencio.

Caña

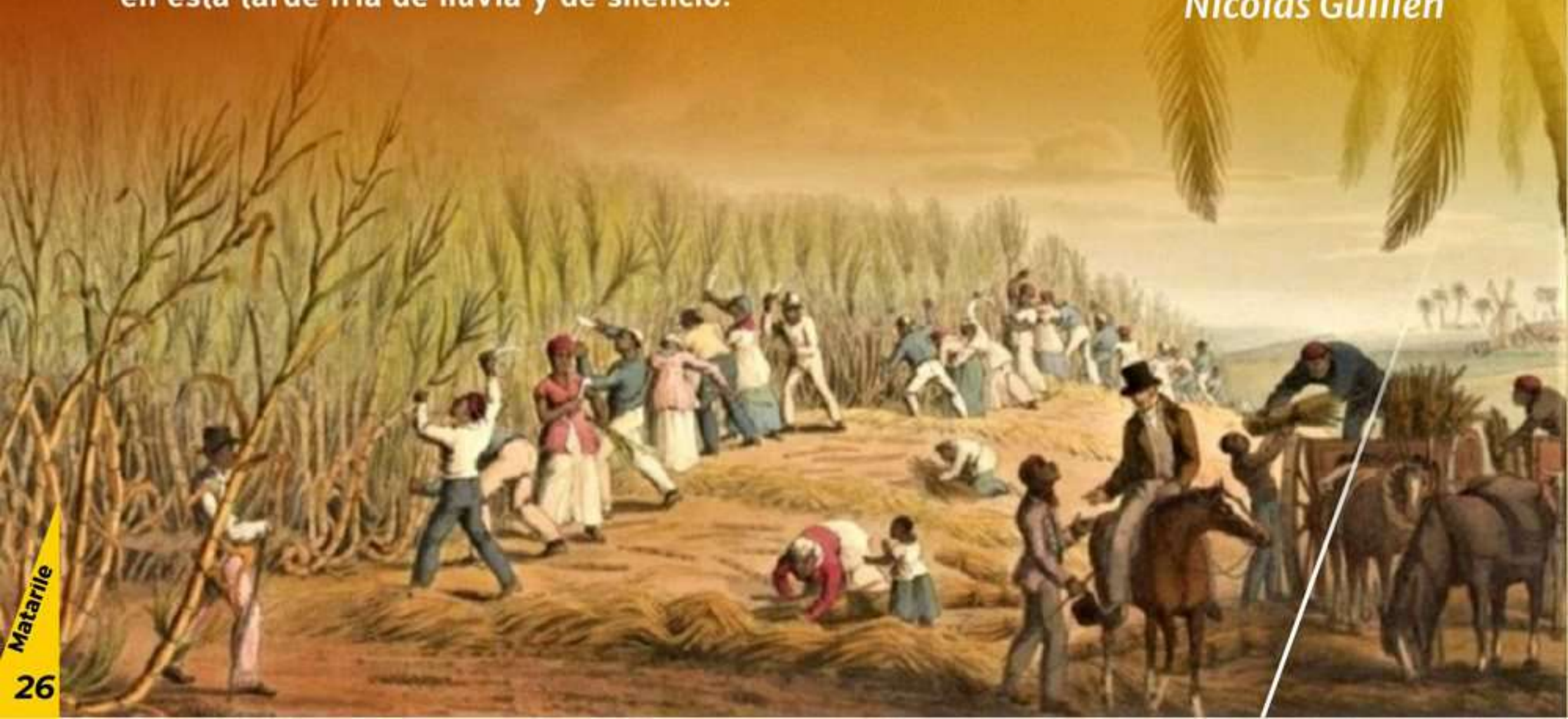
El negro
junto al cañaveral.

El yanqui
sobre el cañaveral.

La tierra
bajo el cañaveral.

¡Sangre
que se nos va!

Nicolás Guillén



Elegía a Jesús Menéndez

*... armado
más de valor que de acero.*

Góngora

Las cañas iban y venían
desesperadas, agitando
las manos.

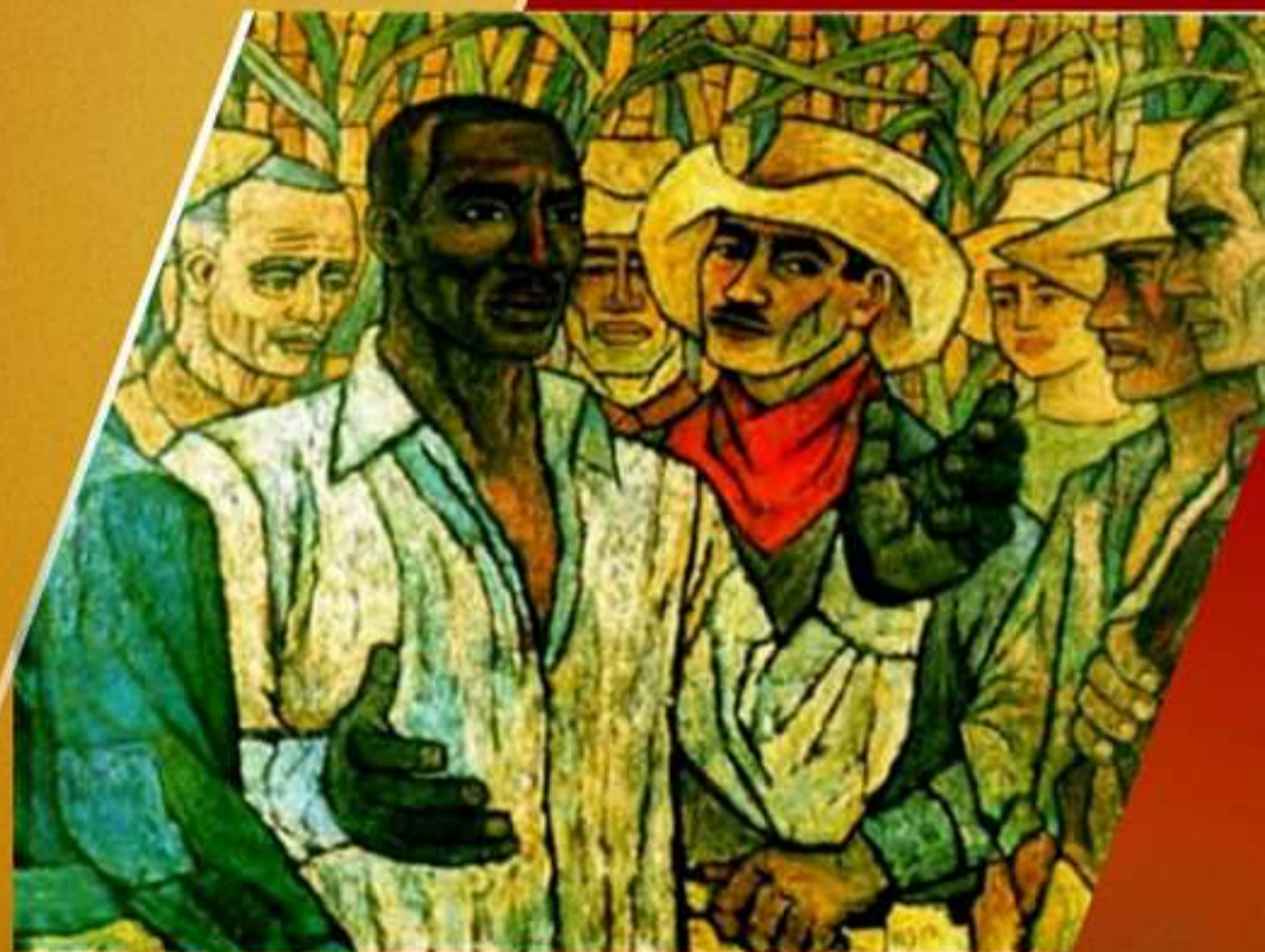
Te avisaban la muerte,
la espalda rota y el disparo.
El capitán de plomo y cuero,
de diente y plomo y cuero te enseñaban:
de pezuña y mandíbula,
de ojo de selva y trópico,
sentado en su pistola el capitán.
¡Con qué voz te llamaban,
te lo decían,

cañas
desesperadas,
agitando las manos!
Allí estaba,
la boca líquida entreabierta,
el salto próximo esculpido
bajo la piel eléctrica,
sentado en su pistola el capitán.
Allí estaba,
las narices venteando
tus venas inmediatas,
casi ya derramadas,
el ojo fijo en tu pulmón,
el odio recto hacia tu voz,
sentado en su pistola el capitán.

Cañas
desesperadas
te avisaban,
agitando las manos.

Tú andabas entre ellas. Sonreías
en tu estatura primordial y ardías.
Violento azúcar en tu voz de mando,
con su luz de relámpago nocturno
iba de yanqui en yanqui resonando.
De pronto, el golpe de la pólvora. El zarpazo
puesto en la punta de un rugido,
y el capitán de plomo y cuero,
el capitán de diente y plomo y cuero,
ya en tu incansable, en tu marítima,
ya en tu profunda sangre sumergido.

Nicolás Guillén





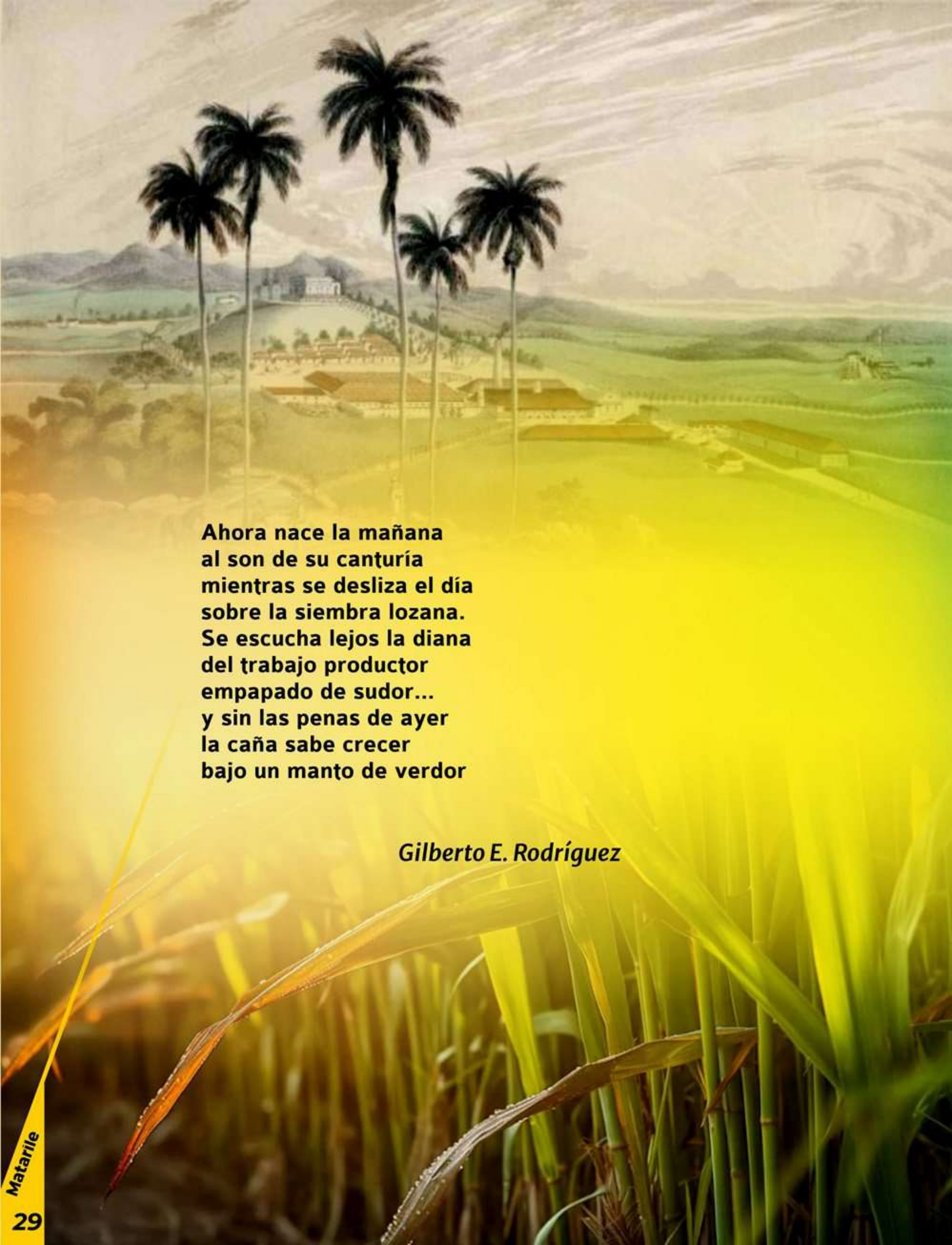
Héroes de la zafra

Machetero, de tu guámpara escapan dorados pájaros como si tus manos ágiles fueran nido de relámpagos. Por esos chispazos fúlgidos cortando la dura cáscara se hablará de nuevos récords en el oro del azúcar (Y serán mucho más dulces las cinco letras de ZAFRA)

Conversando con Francisco

“Yo, durante treinta zafras corté el hambre con mi guámpara y cargué los esqueletos de otros tantos tiempos muertos. El sol pegado a mi espalda fue mi única medalla. Mi enseñanza: analfabeto, mi cama: un saco en el suelo. ¿Y qué paseos me daban? Al cuartel, si protestaba”.

Renael González



**Ahora nace la mañana
al son de su canturía
mientras se desliza el día
sobre la siembra lozana.
Se escucha lejos la diana
del trabajo productor
empapado de sudor...
y sin las penas de ayer
la caña sabe crecer
bajo un manto de verdor**

Gilberto E. Rodríguez

Memoria

Casi en la madrugada el sonido de la chimenea aviva remembranzas y pregunta por el llamado del ingenio y el suspiro nítido del mar, cada mañana el humo del ingenio entregaba una sonrisa a mi muñeca cada mañana mi muñeca sentía la caricia del hollín sobre las sábanas casi en la madrugada los vagones del tren volvían a la memoria la memoria vuelve a disimular los pasos de jornaleros y el sudor de sus camisas retirándose del ritual. Termina la danza del hollín por la isla casi en la madrugada, se fuma el humo moribundo donde los ojos no consiguieron nunca más percibir dulce gemido de central.

Marina Lourdes Jacobo





La callada molienda

(Fragmentos)

¿Y a quién le hablaremos de molienda,
con las manos lejos del corte,
de la caña ondulante que tampoco está?
¿A quién le contaremos del pitazo
a las tres de la mañana?
(El zumbido que permanece cuerpo adentro,
abocado en los tímpanos,
que reverbera entre el ceño de vez en vez,
unipersonal y mecánico
hasta el fin del tiempo muerto).
¿A quién le enseñaremos cómo se vive del surco
y del agua compartida en la tinaja de barro?
Porque ya nadie conduce las carretas rechinantes,
los alcoholes de la miel,
esos que solo transitan ahora
por las gargantas sedientas.
¿Qué hacer con tanto sombrero de guano,
con tanta camisa de caqui
y pantalón de mezclilla?
¿Con el machete en el portal y una báscula al vacío?
Pregúntenle a este enmudecido terraplén
a qué sabe el azúcar de la desmemoria.

Maylan Álvarez Rodríguez



Esclavos: itinerario inconcluso

Tras la vidriera del museo provincial Mayor General Vicente García González, un grillete asoma su estructura. En pleno siglo XXI parece solo un hierro doblado en círculo. Sin embargo, carga consigo el aberrante vestigio de la esclavitud, entre los peores capítulos de la humanidad.

Si sabes eso, ya no parece solo un hierro doblado en círculo, sino que hasta te dará escalofrío mirarlo, y puede que imagines el

pie herido y cansado que lo arrastró kilómetros, días.

Cifras conservadoras hablan de que alrededor de 20 millones de africanos fueron arrancados de su hogar por comerciantes europeos para ser mano de obra en América. Veinte millones de personas sacadas de su pueblo, su lengua, sus costumbres..., vendidas como animales.

Cuba, como muchas otras tierras, fue destino y su presencia apunta-

ló la producción azucarera por casi cuatro siglos. Contra todo látigo, los hijos del continente negro mantuvieron su cultura y aportaron extraordinariamente a la consumación de la cubana.

Las Tunas tuvo su capítulo en estos anales, cuyo eslabón inaugural, según apuntan estudios del historiador Víctor Marrero Zaldívar, data de 1523, cuando el rey de España Carlos V, autorizó el primer cargamento de africanos



para trabajar en las minas de oro de Caobilla, en Jobabo.

Buscaba fomentar la extracción del mineral, que también sus hombres habían encontrado en Camagüey y Bayamo, en el caso de la zona oriental. Seguramente, el monarca andaba ilusionado con esa empresa, y qué se iba a preocupar por el costo de su sueño dorado.

Las indagaciones de Marrero Zaldívar, respaldadas por fuentes como el Archivo General de Indias (España) y el de la Casa de la Nacionalidad Cubana (Granma), contienen cifras de tan forzosa llegada y permanencia. Así sabemos que, a inicios de 1777, la dotación de San Jerónimo de Las Tunas ascendía a 138 varones y 18 hembras, de una población total de 651 habitantes.

En 1827 el guarismo era de 225, y en 1847, de mil 500, este último en un asentamiento de nueve mil 447 personas residentes. Crecimiento dado, presumiblemente, porque ya para entonces unos cinco ingenios imponían su dinámica aquí. Al propio tiempo, el historiador confirmó que de las ciudades orientales más importantes que se fueron a la Guerra de los Diez Años, la nuestra era la

que menos esclavos poseía, pero no por ello dejó de ser estremeceador su paso.

Hablamos de un itinerario marcado por tres sitios testigos de una época que no podemos olvidar. Precisamente por ello están incluidos de manera oficial en la Ruta del Esclavo, el proyecto que en 1994 creó la Unesco para contribuir al entendimiento de lo que significó la trata, las múltiples interacciones entre los pueblos y culturas que generó, y para ayudar a establecer actitudes y valores de paz.

CAOBILLA, GRITO DE DIGNIDAD

Los palenques lo habían dejado claro: los negros esclavos entendían de amor a la libertad. Huían a las montañas, las cuevas, muchas veces en carrera contra los rancheadores y sus perros fieros. Sin embargo, de una rebelión como tal, se tuvo noticia por primera vez en 1533, y sucedió justo en Caobilla, aquellas minas tan añoradas por el rey ibérico, ubicadas al noroeste del poblado. En los empeños indagatorios del historiador jobabense Esteban Felipe Yero Rosales ha estado este tema. Para confirmar la

fecha y singularidad del suceso recurrió a bibliografías antiguas de autores cubanos y extranjeros como José Antonio Saco, José Luciano Franco, Felipe de Jesús Pérez Cruz, Philip Foner e Irene A. Wriqth. Hasta tanto aparezca un nuevo dato, la historiografía nacional no puede negar que aconteció allí el hecho que abrió la estela de rebeldía de los africanos en Cuba.

El trabajo en las minas pasaba de inhumano, y sin descanso. Quizás, aquel día que comenzó todo, había amanecido con un sol bravo, y los cuatro negros cabecillas de la revuelta, sintieron casi al unísono que ya no podían más. Optaron por una manera muy propia de mostrar su descontento y fatiga: laborar con extrema y más que evidente lentitud, cual "jicoteas", diría luego el informe español de los eventos.

Para detener la protesta, el gobernador Manuel de Rojas pasó de Santiago de Cuba a San Salvador de Bayamo, territorio al que pertenecía Jobabo. Desde esa zona envió dos cuadrillas a las minas para someter a los "rebeldes" y aunque estos resistieron con valentía, murieron. Los soldados descuartizaron los cadáveres en

Bayamo y expusieron sus cabezas en sendos palos, según comunicación del mismo Rojas a su majestad, el 10 de noviembre de 1534.

La señal de escarmiento era evidente, pero no lograría desterrar la lucha por romper los grilletes. Al parecer, tuvo que transcurrir más de un siglo para otra revuelta (1677, minas del Cobre); sin embargo, ese motín constituyó una llama que desembocó en el inicio de la guerra de liberación en octubre de 1868.

El susto de los colonos demoró en desaparecer, a tal punto que luego de Caobilla, rememora Yero en su investigación, pidieron a la Corona que les prohibiese a los esclavos llevar cuchillos más largos que la palma de la mano, así como viajar en grupo.

Dicen que donde sucedió el asesinato, hasta hoy la gente cree escuchar lamentos y el sonar de las cadenas. Y si el imaginario popular lo afirma...

Una negra se vende recién parida, con abundante leche, excelente lavandera y planchadora, con principios de cocina, joven, sana y sin tachas, y muy humilde: darán razón en la calle de O'Reilly, No 16, el portero.

Una negra se vende por no necesitarla su dueño, de nación conga, como de 20 años, con su cría de 11 meses, sana y sin tachas, muy fiel y humilde, no ha conocido más amo que el actual, es regular lavandera, planchadora y cocinera: en la calle del Baratillo, casa No 4 informarán.

Diario de la Marina, 3 de febrero de 1846. Junto a un anuncio de venta de sanguijuelas.

VISTA HERMOSA Y BREVE

Del ingenio Vista Hermosa, en Manatí, solo queda la torre, hoy rodeada, hasta casi ahogarla, de tupida vegetación. Su porte vetusto y desarreglado es el único vestigio de su tipo existente en la provincia relacionado con la producción azucarera en la época colonial.

Resistir se le ha dado bien, más si recordamos que al central lo registraron oficialmente el 28 de abril de 1857. Su instalación impulsó el desarrollo de la industria de la gramínea en la comarca, y todo le iba de maravillas a sus dueños, primero Manuel Francisco Agüero y luego, Napoleón Arango, hasta que inició el



Ingenio Vista Hermosa. Imagen de 1989.

proceso independentista en 1868. La tea mambisa lo dejó en 1871 totalmente inservible, según afirma el periodista Andrés Lozano Zamora en su texto **Batey Manatí, entre pasado y presente**. El fuego era el arma perfecta para impedir el beneficio de la fuerza colonial.

En esta fábrica se producían alcohol y azúcar mascabado con técnicas atrasadas. Sus surtidos los comercializaba en el embarcadero de Manatí, uno de los más importantes de la región en ese momento.

La fuerza de trabajo la componían 44 esclavos, de ellos 41 oscilaban entre 12 y 60 años, y había una sola mujer, destinada a la reproducción. Hasta en eso mandaban los colonos.

Se vende un negro de 16 años. Sabe el servicio de la casa y es dispuesto para todo lo que se le quiera enseñar. Es fiel y humilde y solo se le vende por necesidad. Quien lo quisiese comprar se verá con su ama, doña María de la Paz Valcárcel. Su precio: 210 duros.

Diario mercantil de Cádiz, 22 de enero de 1813.

SAN MANUEL, OTRA CARA

El nacimiento del central San Manuel en 1860 inauguró el sendero de la producción azucarera a gran escala en Puerto Padre. Su nombre brotó en honor a doña Manuela Martínez Picavía, esposa de José Plá Monjes, propietario del lugar con Justo de San Miguel y Agustín Franganillo.

Antes de la instalación del trapiche de tres mazas movidas a vapor por máquinas de la firma Fawcett, de la Preston Company, les tocó a los 378 esclavos desbrozar maleza y abrir caminos; después serían la fuerza de la industria.

El ingenio producía azúcar mascabado. Sus bocoyes se trasladaban en carretas hasta el embarcadero de Maniabón, donde eran transportados por vía marítima en la goleta Tres hermanas, propiedad de la fábrica.

Alrededor del "San Manuel" creció el poblado, con la llegada de campesinos y empleados españoles. Como alertan los historiadores Ernesto Carralero Bosch y Margarita Pérez Freijoso, su existencia determinó en buena medida la formación del municipio e incrementó sustancialmente la esclavitud.

Pero algo singular vivieron los negros por aquellos rumbos. José Plá y su esposa no permitían que los mayores los maltrataran. Les daban alimento suficiente y concedían los domingos para el descanso. Ese día los dejaban ir a la playa puertopadrense y jamás objetaban sus creencias religiosas.

Durante la Semana Santa, doña Manuela vestía y calzaba a los que profesaban el cristianismo. A ella se debe la capilla católica que aún existe en el poblado. La historia de estos amos casi ni se cree, pero las búsquedas arqueológicas han confirmado su cariz paternal, nada de hallarse objeto alguno de castigo o testimonio en contra.

El "San Manuel" llegó al final del siglo XIX como un fuerte enclave económico, cuyo dominio se le metió entre ceja y ceja a la Chapparra Sugar Company, que consiguió engullirlo, haciendo uso, incluso, de amenazas personales a Plá. La fábrica terminó en breve hecha piezas por su tecnología obsoleta, para ver cómo la compañía norteamericana levantaba a orillas del río Chorrillo el central Delicias.

Donde antes estuvo, solo quedan ruinas.



La capilla que se le debe a doña Manuela.

Se vende una negra criolla, joven sana y sin tachas, muy humilde y fiel, buena cocinera, con alguna inteligencia en lavado y plancha, y excelente para manejar niños, en la cantidad de 500 pesos.

Periódico argentino. En un recuadro con el nombre **Ventas de animales**, está esa nota y otra que empieza: "Se vende un hermoso caballo de bonita estampa..."

CONTAR A TODOS

Ninguno de estos sitios tiene una señalización conmemorativa que explique su peso en la historia, tampoco existe en el territorio un periplo cultural que los pondere como parte de la Ruta del Esclavo.

Para ello haría falta, como explica Tania Fernández,

directora de la Oficina Provincial de Monumentos, ganar en su cuidado y visualidad estética, y de la articulación de varias entidades, pues ninguno de tales bienes pertenece a la Dirección de Patrimonio.

Obviamente, estos tres lugares, aunque sean los reconocidos, no son los únicos que en la localidad tienen nexos con la esclavitud. Rastros quedan, por ejemplo, en la hacienda El Cornito; en una cueva de Majibacoa y en Lagunas de Varona. Estampas materiales del rostro negro de Cuba, ese que le caló hondo y con el que no hemos dejado de estar en deuda. Intentemos saldarla.



Patrimonio industrial o la negación a perecer



Para introducir el término de patrimonio industrial debemos recordar que el concepto de patrimonio tiene estrecha relación con la palabra herencia, y en su caso particular comprende todo lo relacionado con la industria y la tecnología. Por ello, el término se puede definir como vestigio tangible o intangible que surgió relacionado a ellas y de diverso origen, bien determinado por la fuerza motriz empleada (hidráulica, eólica, vapor, eléctrica) o el tipo de producto resultante (textil, alimenticio, minero, energético).

Es indudable que los edificios constituyen una buena parte del capital de las empresas de producción que los operan como propietarias o usufructuarias. Las máquinas están más sujetas a factores de obsolescencia, aun-

que por ello en algunos casos constituyen, debido a su antigüedad o procedimiento, valiosas piezas de museo. Así, tras ser declaradas una pesada herencia de aparente escasa valía económica, pueden, junto al inmueble que las acoge, servir de base o ensanchamiento de proyectos de revalorización y salvaguarda patrimonial.

El patrimonio industrial tiene como valor haber favorecido el desarrollo y generado un profundo cambio en la historia de la humanidad. Además, aglutina expresiones materiales e inmateriales, y el creciente interés por él ha permitido en los últimos tiempos el surgimiento de diferentes iniciativas de recuperación, protección y puesta en valor.

Las edificaciones industriales se rigen por unos diseños concebidos para garantizar su funcionalidad. Los diferentes componentes de su estructura, desde las columnas hasta los ladrillos, son productos seriados y, por tal motivo, hay que entender que el patrimonio industrial construido no es algo particular. Su esencia está en el valor o significado de su armazón y equipamiento, en su representatividad, no solo en su originalidad, aunque en este último aspecto su justipreciación radica en la relevancia o excepcionalidad de los mismos. Teniendo en cuenta las razones anteriores y el gran número de ejemplares que pueden existir de igual naturaleza en un área industrial, la preservación de estos elementos debe realizarse de manera selectiva, debido a

que resulta imposible conservar los todos.

Para la selección es necesario tener un inventario del caudal con el que se cuenta, analizar los modelos existentes y los elementos particulares que poseen. Entre ellos se puede señalar la representación de una tipología, la singularidad dentro de su clase, la repercusión histórica para la comunidad o el mercado en el que operó o su notabilidad estética y artística. El grado de importancia de cada parámetro se corresponde con la magnitud del efecto del bien en lo local, regional, nacional o internacional, que también ha de ponderarse.

Por el motivo citado, en la musealización de un espacio industrial debe otorgarse especial atención a los diversos matices locales que le dan singularidad para que sea diferente, ya que en muchas ocasiones los museos que tratan de una temática, siguiendo un criterio de historia técnica universal, acaban siendo iguales.

EL CAMINO DE LA REUTILIZACIÓN

El patrimonio industrial no se puede conservar como el artístico, en el cual cada pieza tiene un valor intrínseco y se preserva por ser expresión máxima de la creación humana. Los bienes

muebles e inmuebles dedicados a finalidades productivas y de servicios son comunes, y su importancia reside en su excepcionalidad, bien por ser escasos los testimonios que quedan de ellos, bien por tener elementos distintivos.

En ambos casos la relevancia se define por una gama de parámetros propios de dicho universo: la tecnología, las soluciones de ingeniería, la capacidad productiva, la calidad de los espacios generados, la relación con su entorno y su evolución histórica. Además, esa relevancia aumenta en relación con la duración del tiempo en el que el bien haya estado en uso.





De lo expuesto se deduce que el patrimonio industrial es didáctico y su conservación se realiza para que ayude a comprender una parte de la historia económica y social de una época determinada. Tal consideración ha de guiar cualquier política de preservación.

Una de las mejores situaciones en las que puede encontrarse dicho cúmulo es la que brinda la posibilidad de convertirlo en museo. En ese caso debe estar claramente definido por quienes toman las decisiones, qué es lo que se desea comunicar, pues la simple exhibición de los objetos puede tener resultados pobres, a

causa de que estos no suelen ser *per se* bienes susceptibles de contemplación aislada, sino parte de un conjunto, y como tal transmitir sus mensajes.

Si solamente se pretende mostrar la manera técnica de cómo funcionaba una determinada fábrica, la cual conserva casi completos todos sus elementos, la solución no representa gran dificultad. Por el contrario, si lo que se desea es explicar el impacto que tuvo en un espacio o en un mercado, la problemática aumenta, y aún más si la pretensión es mostrar la industrialización de un lugar.

Resulta claro que no es viable

musealizarlo todo, por lo que para conservar algunas instalaciones se debe reutilizarlas con otras funciones públicas o privadas. Existen muchos edificios industriales convertidos en escuelas, viviendas, centros de ocio o comerciales que se mantienen como testimonio del proceso fabril. En ocasiones se opta por la solución más fácil, salvaguardar las chimeneas u otro elemento, pero si bien ello es manifestación del mismo, no lo explica o refleja por completo.

Como la conservación por sí sola puede informar sobre la existencia, en un determinado lugar, de una actividad productiva, pero



no sobre su funcionamiento o la complejidad de relaciones en un espacio, es necesario interpretar el elemento en particular en su entorno.

En el caso del patrimonio industrial se debe emplear una concepción en la cual los bienes muebles e inmuebles no se encuentren separados, y la actividad museística no se enfoque solo en los objetos y en dichos bienes, sino también en los edificios y construcciones e infraestructuras de un territorio. Esto implica la existencia de centros de interpretación del mismo, de su historia y de la interrelación entre la actividad productiva y el paisaje, poblamiento, sociedad y cultura local.

La actividad turística cultural tiene un carácter cada vez más popular, por lo que no es solo un grupo selecto el que participa en ella, sino una gran mayoría ávida de conocer y explorar sitios que explican las diferentes maneras de vida y trabajo en el pasado. Estos grupos buscan lugares fáciles de entender y próximos a la realidad que los circunda.

Entender que los espacios industriales históricos son bienes de todos implica que deben estar reglamentados por algunas políticas urbanas, territoriales y culturales que permitan dimensionar estos testimonios del pasado como una herencia intergeneracional, alejada de los

movimientos especulativos, de las visiones urbanísticas que los consideran obsoletos, en desuso, así como de las concepciones estéticas de carácter monumentalista que analizan solo su valor artístico.

En la actualidad, se puede considerar un despilfarro material y cultural la destrucción de estas instalaciones debido a su facilidad de acceso, por estar situadas en espacios urbanos o naturales de gran significación, su buena iluminación y mucha superficie edificada, que les permite ser rehabilitadas y conservadas para disímiles usos.

Renacer de moles de hierro

Las tendencias contemporáneas en la operación de los paisajes de la infraestructura industrial incluyen la línea de la conservación del patrimonio industrial como alternativa de desarrollo local. En esa estrategia, resalta su capacidad para promover una comprensión crítica de los procesos de industrialización y construcción identitaria a partir de la sedimentación de experiencias, memorias, saberes y prácticas vinculados con las culturas del trabajo.

Ejemplos foráneos y nacionales nos dejan sospechar cuánto nos estamos perdiendo menospre-

ciando las potencialidades de ese patrimonio para dinamizar el tejido económico y social:

Gestionado por Planergruppe GMBH Oberhausen, el sitio patrimonial mundial de la **mina de carbón de Zollverein**, en Essen, Alemania, es un complejo industrial con una arquitectura fabulosa que data de la década de 1840. Lo describen como la mina de carbón más hermosa del mundo. Con sus enormes estructuras y la impresionante huella del movimiento Bauhaus, se ha convertido en un lugar de interés emblemático para el patrimonio industrial europeo. Actualmente

cuenta con varios espacios, museos y monumentos.

La mina dejó de funcionar en 1986, y el estado de Renania del Norte-Westfalia la adquirió rápidamente para convertirla en un sitio protegido. En la totalidad destaca el Pozo 12, obra maestra de la arquitectura construida a finales de la década de 1920. El complejo contempla los hermosos elementos de diseño del estilo Bauhaus en uno de los edificios, que lo convierten en la sede ideal del Museo de Diseño Red Dot. Allí se puede ver una gran variedad de exposiciones de diseño contemporáneo de diferentes partes del orbe.

Los visitantes, además de observar las infraestructuras íntegramente, tienen la posibilidad de conocer objetos de la mina y acercarse a exhibiciones de Geología, Arqueología y patrimonio cultural.

Fundada por el año 845, Essen fue una pequeña ciudad dentro de la esfera de influencia de un importante principado eclesiástico (la Abadía de Essen) hasta el inicio de la industrialización. Se convirtió entonces en uno de los centros de carbón y acero más relevantes de Alemania. Tras la caída en toda la región de las industrias pesadas en las últimas décadas del siglo XX se ha visto desarrollar un fuerte sector terciario de la economía. El testigo más notable de este cambio estructural es precisamente el complejo industrial de la mina de carbón de Zollverein, que fue el mayor de su clase en Europa.

Cerrada finalmente en 1993, tanto la coquería como la mina están inscritas en la lista del Patrimonio Mundial de la Unesco desde el 2001.

El **High Line** es un parque lineal de 2,33 kilómetros de largo en el distrito de Manhattan, en New York, Estados Unidos. Se encuentra en una sección elevada de la línea East Side Line de la extinta compañía de ferrocarriles New York Central Railroad. Inspirados por el Coullée verte René-Dumont de París, sus diseñadores lo concibieron como una pasarela verde elevada y parque sobre los raíles de una antigua vía ferroviaria.

El proyecto multidisciplinario fue realizado por James Corner Field Operations, Diller Scofidio + Renfro, y Piet Oudolf. En el 2018 obtuvo el Veronica Rudge Green Prize in Urban Design, premio que otorga bianualmente la Universidad de Harvard a proyectos de diseño urbano ejemplares, realizados en cualquier parte del mundo.

Este mirador invita a descubrir Nueva York a 10 metros de altura, y muestra cómo salvaguardar el patrimonio y convertirlo en un nuevo espacio público para la ciudad, a partir del planteamiento

de reutilización y renovación de una estructura urbana obsoleta.

En los años 30 se construyó la infraestructura del High Line, vías de tren elevadas que eliminaban el tráfico de carga de uno de los barrios industriales más grandes de Manhattan. Cuando en 1980 los trenes dejaron de circular por allí, el área se convirtió en un espacio abandonado y conflictivo. Grupos ciudadanos comenzaron a movilizarse para proponer, frente a la decisión de demolición, alternativas de uso para el lugar.

Desde 1999, Friends of the High Line trabaja conjuntamente con las instituciones de la localidad neoyorquina para preservar y mantener la estructura como parque elevado. El proyecto, que se compone de caminos, puntos de acceso conectados con otros transportes públicos, zonas para sentarse, iluminación, plantaciones, incluida la vegetación espontánea que ya se había apropiado del terreno, tiene un éxito marcado por la intensidad del uso que ahora se puede dar al sitio.



El equipo de diseñadores reevalúa de esta manera el significado de parque urbano.

El Parque del Agrimensor en las inmediaciones de la Estación Central Ferroviaria, en la Habana Vieja, exhibe en la actualidad tres locomotoras centenarias. La Empresa de Restauración de Monumentos, de la Oficina del Historiador de la Ciudad (OHC), construyó este museo al aire libre, entregado en el 2009 en saludo al aniversario 490 de la fundación de la Villa de San Cris-

tóbal de La Habana. Forma parte de los esfuerzos por preservar el valor patrimonial del ferrocarril en Cuba, primera nación de América Latina en utilizar este medio de transporte.

A raíz de la reestructuración del sector azucarero, la OHC se encargó de localizar y solicitar 40 locomotoras de vapor en todo el país para su uso con fines históricos. Este parque, como reverencia a nuestros anales sobre rieles, fue uno de los sitios de destino de tan imponente robus-

tez de hierro, testimonio de lo que hoy se denomina arqueología ferroviaria.

El monumento levantado en la década de 1950 como homenaje a los agrimensores forma parte del espacio; en los alrededores se dispusieron las locomotoras, con sus correspondientes referencias históricas y funcionales. El frescor de la vegetación, las zonas de circulación y el mobiliario urbano se combinan para ofrecer un paisaje atractivo al caminante, muchos de los cuales no escapan





de la tentación de hacerse allí una foto.

Fabricadas entre los años 1909 y 1920, las maquinarias provienen de los centrales Obdulio Morales (antiguo Narcisa, Sancti Spíritus), Gregorio Arlee Mañalich (Mercedita, La Habana) y Pepito Tey (Soledad, Cienfuegos); todas de la marca Baldwin, firma estadounidense con notable presencia en Cuba.

Fábrica de Arte Cubano (FAC), Vedado, La Habana, proyecto cultural abierto, de carácter social, multidisciplinario, interactivo y autofinanciado. Su objetivo es apoyar y promover varias ramas del arte y sus expresiones más contemporáneas. Entre los actores, colectivos y organismos involucrados, hay tanto instituciones dedicadas al fomento, la difusión y la formación artística

como profesionales y artistas vinculados con la escena musical de la ciudad, arquitectos, comisarios de arte, así como otros especialistas.

Tiene un carácter comunitario y participativo dirigido a articular el tejido social del barrio y los flujos turísticos a través de la expresión y difusión artísticas, y en la que se percibe la emergencia de nuevos modelos de gestión





y colaboración entre instituciones públicas, asociaciones y particulares.

A lo largo del siglo XX surgieron numerosas fábricas en la capital cubana, sus características (edificios de grandes dimensiones, espaciosos locales y alta calidad de la construcción) las han convertido en bienes interesantes para diversos fines de reconversión. Tal es el caso de la antigua Central Eléctrica del Vedado, y con posterioridad, en 1933, fábrica refinadora de aceite El Cocinero, sede de la FAC.

Después de 1959, el edificio pasó a tener diferentes funciones y, por último, fue almacén de la Industria Pesquera, institución que lo cedió al Ministerio de Cultura para este proyecto. Aunque hubo otras ideas previas que pretendieron rehabilitar el recinto con fines culturales, la idea de constituir la Fábrica de Arte Cubano surgió como iniciativa del músico X Alfonso.

La intervención definitiva inició en el 2013 y la obra se inauguró el 13 de febrero del 2014. Si bien no

se conservan vestigios de la antigua fábrica de aceite, ni maquinarias de la planta eléctrica, constituye un exponente singular del patrimonio industrial habanero, por sus concepciones volumétricas y su tecnología constructiva.

El espacio se articula alrededor de cuatro naves. La primera está dedicada a las artes plásticas y el diseño, así como a la moda, la arquitectura y la música. La segunda se orienta a la fotografía y el video-arte; la tercera abarca danza, cine, teatro y música clásica, alojando además la biblioteca digital. La cuarta está enteramente consagrada a los conciertos musicales, una de las manifestaciones que vertebran el proyecto.

La FAC constituye uno de los principales exponentes del concepto de industrias creativas vinculadas con el patrimonio industrial que posee la capital.

La Planta Eléctrica del desactivado central azucarero Camilo Cienfuegos (Hershey), en Mayabeque, es sede de uno de los más interesantes proyectos de rehabi-

litación del patrimonio industrial que se impulsan hoy en Cuba.

Se busca transformar el sitio en una galería interactiva para la interpretación del paisaje cultural y contribuir al desarrollo sostenible local, con énfasis en la coproducción, la coimplementación y la cogestión de los valores culturales y naturales; la creación de oportunidades de trabajo y beneficios económicos, la promoción de objetivos de desarrollo sostenible, la preservación del patrimonio industrial y la restauración de los suelos.

El quehacer lo impulsa la iniciativa La Planta: proyecto cultural de arte, industria y paisaje AI&P, encabezado por el arquitecto Renán Rodríguez, y que tiene como objetivo general contribuir a la revitalización socioeconómica de las ciudades y regiones de Cuba basadas en la economía industrial de monocultivo de azúcar. Gestionado por personas naturales vinculadas con el ejercicio por cuenta propia, y con el respaldo de numerosas entidades estatales, promueve la opera

ción del paisaje en el proceso de valorización del tejido productivo desactivado, favoreciendo la conservación del patrimonio cultural y natural relacionado con antiguas infraestructuras industriales.

En este caso se busca incentivar los procesos de creación cultural y rescatar el patrimonio arquitectónico del central-batey Hershey, uno de los más significativos exponentes del desarrollo azucarero a principios del siglo XX en el occidente de Cuba.

Como proyecto de desarrollo local La Planta nació el 25 de marzo del 2020. Además del res-

cate de la identidad, pretende potenciar el interés turístico del pintoresco poblado, fundado por el empresario chocolatero norteamericano Milton Hershey (1857-1945), a quien debe su nombre. Ese núcleo urbano es célebre, además, por ser el nodo central del único sistema de ferrocarril eléctrico del país.

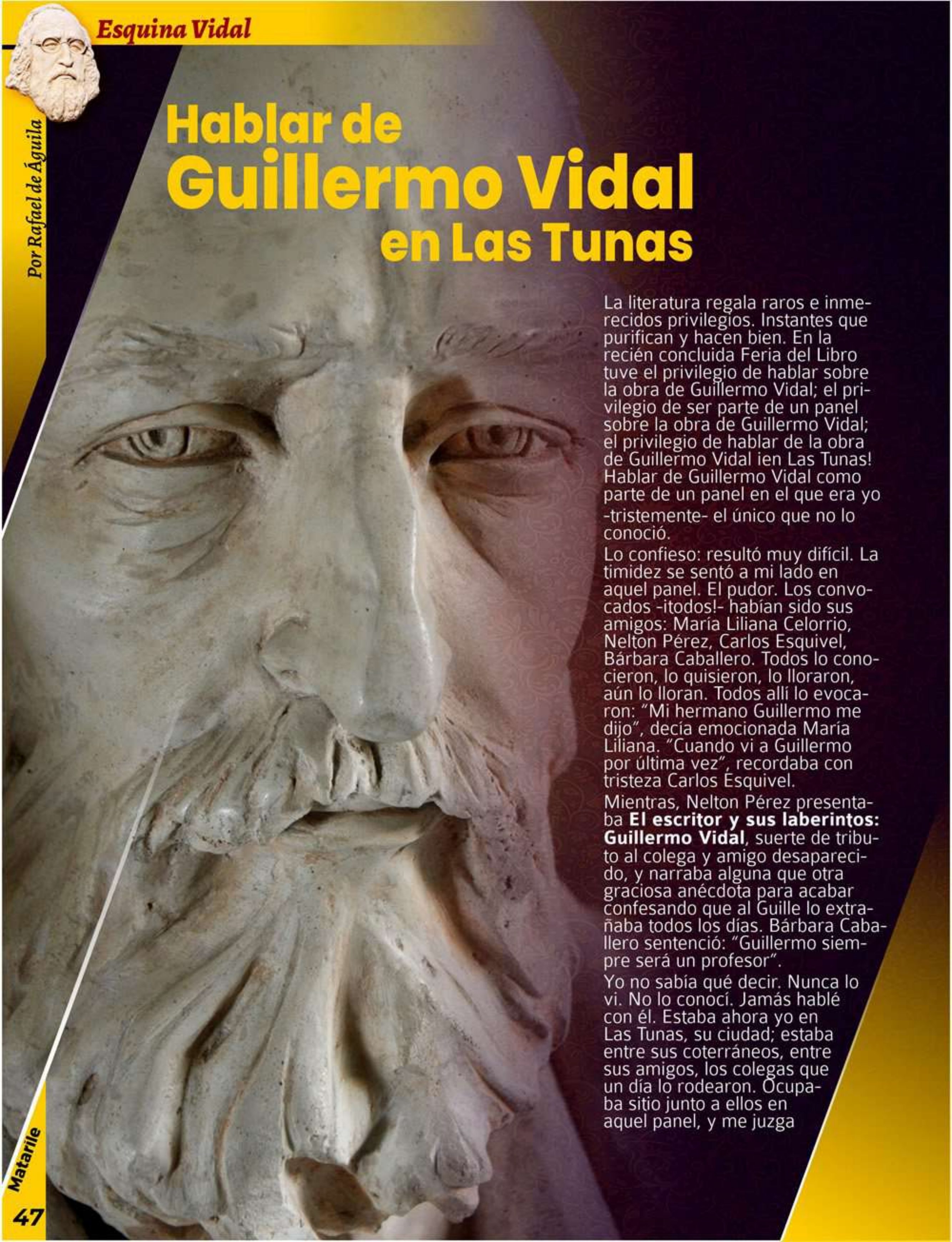
Entre los propósitos están fortalecer la resiliencia socioeconómica y ambiental utilizando intervenciones culturales estrechamente conectadas con el diseño urbano y arquitectónico (acciones como la restauración de suelos a través de la perma-

cultura, la economía solidaria y circular), alcanzar el autofinanciamiento, convertirse en una industria creativa en toda regla y que la galería convide a creadores a participar en un proyecto museográfico y artístico interactivo.

Con información tomada de las revistas **Ocimag** y **Cubahora**, los sitios de la Unesco y la Fábrica de Arte Cubano, más **Cubadebate**.



Hablar de Guillermo Vidal en Las Tunas



La literatura regala raros e inmerecidos privilegios. Instantes que purifican y hacen bien. En la recién concluida Feria del Libro tuve el privilegio de hablar sobre la obra de Guillermo Vidal; el privilegio de ser parte de un panel sobre la obra de Guillermo Vidal; el privilegio de hablar de la obra de Guillermo Vidal en Las Tunas! Hablar de Guillermo Vidal como parte de un panel en el que era yo -tristemente- el único que no lo conocí.

Lo confieso: resultó muy difícil. La timidez se sentó a mi lado en aquel panel. El pudor. Los convocados -¡todos!- habían sido sus amigos: María Liliana Celorrio, Nelton Pérez, Carlos Esquivel, Bárbara Caballero. Todos lo conocieron, lo quisieron, lo lloraron, aún lo lloran. Todos allí lo evocaron: "Mi hermano Guillermo me dijo", decía emocionada María Liliana. "Cuando vi a Guillermo por última vez", recordaba con tristeza Carlos Esquivel.

Mientras, Nelton Pérez presentaba **El escritor y sus laberintos: Guillermo Vidal**, suerte de tributo al colega y amigo desaparecido, y narraba alguna que otra graciosa anécdota para acabar confesando que al Guille lo extrañaba todos los días. Bárbara Caballero sentenció: "Guillermo siempre será un profesor".

Yo no sabía qué decir. Nunca lo vi. No lo conocí. Jamás hablé con él. Estaba ahora yo en Las Tunas, su ciudad; estaba entre sus coterráneos, entre sus amigos, los colegas que un día lo rodearon. Ocupaba sitio junto a ellos en aquel panel, y me juzga



ba sin derecho alguno a hablar de Guillermo Vidal. ¿Cómo hablar de Guillermo Vidal ante seres que lo conocieron, que lo quisieron, a los que Guillermo Vidal quiso; seres que acogieron a Guillermo y fueron por Guillermo acogidos, mientras yo solo lo había leído, solo tenía para evocar la lectura de sus seis libros de cuentos y sus siete novelas?

Mis colegas del panel guardaban celosamente ejemplares de la autoría de Guillermo con la dedicatoria de Guillermo. Los colocaron allí, en aquella mesa. Yo, en cambio, los libros que de Guillermo Vidal poseo los compré un día cualquiera en una librería cualquiera como cualquier hijo de vecino.

Todos hablaron del amigo, del hermano, y yo -timidez y pudor pesando y penando- debía leer meramente el texto que sobre la obra de Guillermo Vidal había escrito. Había comenzado a leer cuando alguien a mi lado -ese hombre bueno, ese poeta y narrador de lujo, ese admirado amigo que es Carlos Esquivel- me hizo saber que allí, sentada en aquella sala, primer asiento, a la derecha, casi al final, estaba la viuda de

Guillermo. Me detuve. Miré a Carlos. Miré el sitio indicado, y la timidez, la timidez y el pudor, ese dúo, me treparon al cuello.

Imaginé que alguna vez mi pareja podría estar sentada en una sala similar mientras alguien -alguien que jamás me hubiera conocido, alguien que de mí solo conociera los textos- hablaba de mis libros. Respiré profundo, respiración diafragmática, residuo del yogui que fui. Otra vez miré al sitio de rigor, ese sitio en el que Carlos Esquivel me hiciera saber que estaba sentada la viuda de Guillermo Vidal, y procuré concentrarme en la lectura de mi texto.

Dije recordar la primera de las obras de Guillermo que tuve en las manos: **Se permuta esta casa** (Premio David de cuento, 1986). Tenía yo por entonces 24 años de edad y quedé fascinado por aquellas historias, por el uso de la oralidad llegada y transmutada desde el habla cotidiana.

Dije a seguidas recordar la lectura de esa novela impactante, dura, terrible y fastuosa que es **Matarile**; novela que vaticiné haber leído por vez

primera -dije por vez primera, porque confesé haber regresado venerantemente sufriendo a ella en otras ocasiones-, primera sufriendo lectura, así lo dije, que podía ubicar en fecha cercana a los últimos años del pasado milenio.

Dije que tenía la vívida impresión de que Guillermo Vidal hubo de hacer en la literatura cubana *mutatis mutandis* lo que Juan Rulfo en la mexicana: fusionar el habla coloquial y viva y natural del pueblo, de la gente común -ide la sagrada gente común!-, para trasvasar esas voces desde los ayes de las calles -las calles de Las Tunas- a los libros.

Aunó a semejante trasvase lo heredado, lo legado y asumido desde la novelística latinoamericana y universal: lo heredado -filosófica, humana y espiritualmente- del gran Dostoievski; de Tolstoi, ese modo tolstoiano de asumir/resistir el mundo, la praxis y la gnoseología tolstoiana, con la que quizás el humanismo y el desgarramiento vidalianos exhiba mucho en común; lo heredado de Faulkner, de Manuel Puig, de Juan Rulfo, de Juan Carlos Onetti -la amargura planetaria, alada y

desolada de los personajes de Onetti-, de Sábato, de Carlos Fuentes -dije, lo recuerdo, estar pensando en el Fuentes de **La muerte de Artemio Cruz**.

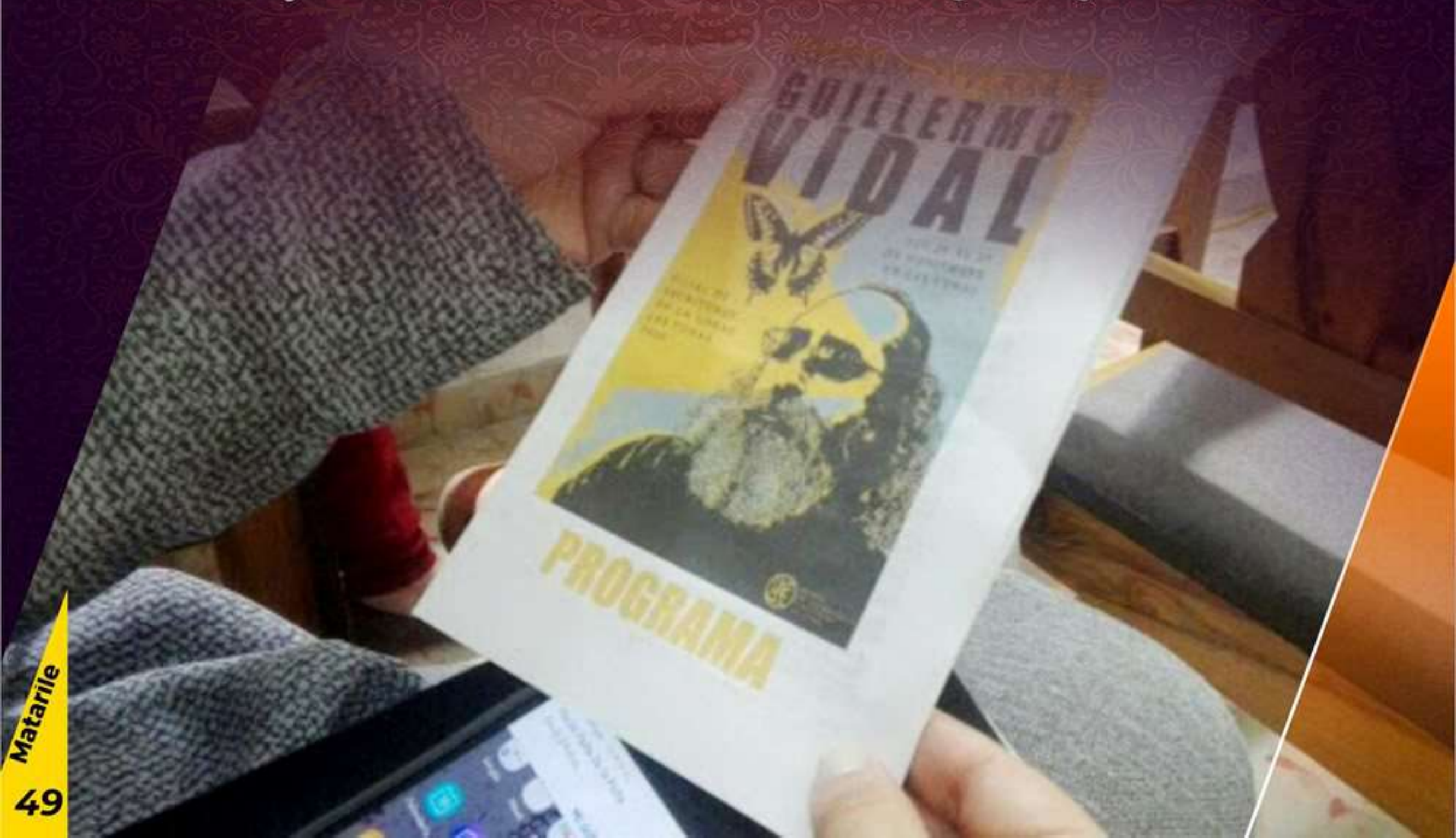
Dije todo aquello y miré -de soslayo, pudor y timidez trémulos y colgantes de mi cuello- hacia aquel sitio, ese sitio en el que Carlos Esquivel me había hecho saber que estaba sentada la viuda de Guillermo Vidal, allá, primer asiento, a la derecha, casi al final. Allá estaba. Y la vi asentir, la vi mover la cabeza de arriba hacia abajo. Al final, he de adelantarme, alguien la animó a hablar: "Todos esos autores que aquí se han nombrado, los libros de todos ellos, los veía yo cada día sobre la cama de Guillermo". Eso la escuché decir, y tragué en seco.

Dije después que el estilo de Guillermo Vidal se armaba y desataba desde los soberanos manejos de un narrador intradieético y omnisciente -narrador personaje que, así lo dije, vaya a saber en cuánto devino *alter ego* del autor-, sin

dejar a un lado ese otro laborar y ese otro devenir, esa otra transustanciación que llega desde el empleo de narradores equiscentes y deficientes; desde el empleo -magistral- del monólogo, entidad estilística de lujo en función de crear y recrear toda esa mixtura en un mismo odre, ese odre mixturado que es cada personaje de Guillermo Vidal, esa mixtura de muchos odres que vida y cuitas mediante fue Guillermo Vidal. Y es, y seguirá siendo, su obra. Dije que no podía olvidar otro de los recursos estilísticos de Guillermo: la alternancia de planos espacio-temporales, engarces a los que no se les halla puntada, entramado que trenza y destrenza a sus lectores. Quizá entre la amargura total, parsimoniosa y ensimismada de Onetti y la aflicción ancestral, ontológica, espiritual y filosófica de Dostoievski -angustia esta última de pobrecito, como la de Cesar Vallejo- se levante moviente y semoviente el núcleo duro, así lo dije -iyo que a Guillermo Vidal no conocí, con el que nunca hablé,

que de Guillermo Vidal solo los libros!- el *axis mundi*, el punto central de esas multánimes mezclas en el odre; ese odre rotundo y vital que Guillermo Vidal urdió para colocarlo a sus espaldas, para cargarlo a sus hombros; ese odre que de manera digna y cabal -*en silencio y desde abajo*, como sostuviera Martí- lanzó sobre cada uno de sus libros.

Odre y mixturas enhebrados entre y desde su propia y muy personal espiritualidad, su acendrado humanismo, su rotunda cubanidad, su credo literario y humano, sumatoria y sacra mística que le otorgó fuerza para vivir y amar y crear y ser; pujanza que los devotos suelen llaman vivir en Cristo, elemento que fue eje y núcleo y credo y sostén en la vida y en la obra, en la cosmovisión epistemológica de Guillermo Vidal. Dije que el humanismo vidaliano podría parecer asumido y resumido desde la derrota, la derrota y el hundimiento existencial de sus personajes, una suerte de derrota otra, transfigurada, digna, honorable,



LAS HIJAS DE SADE

GUILLERMO VIDAL MARÍA LILIANA CELORRIO

Epistolares y sexuales, que este, ya lo he dicho, no es libro para pecatos.

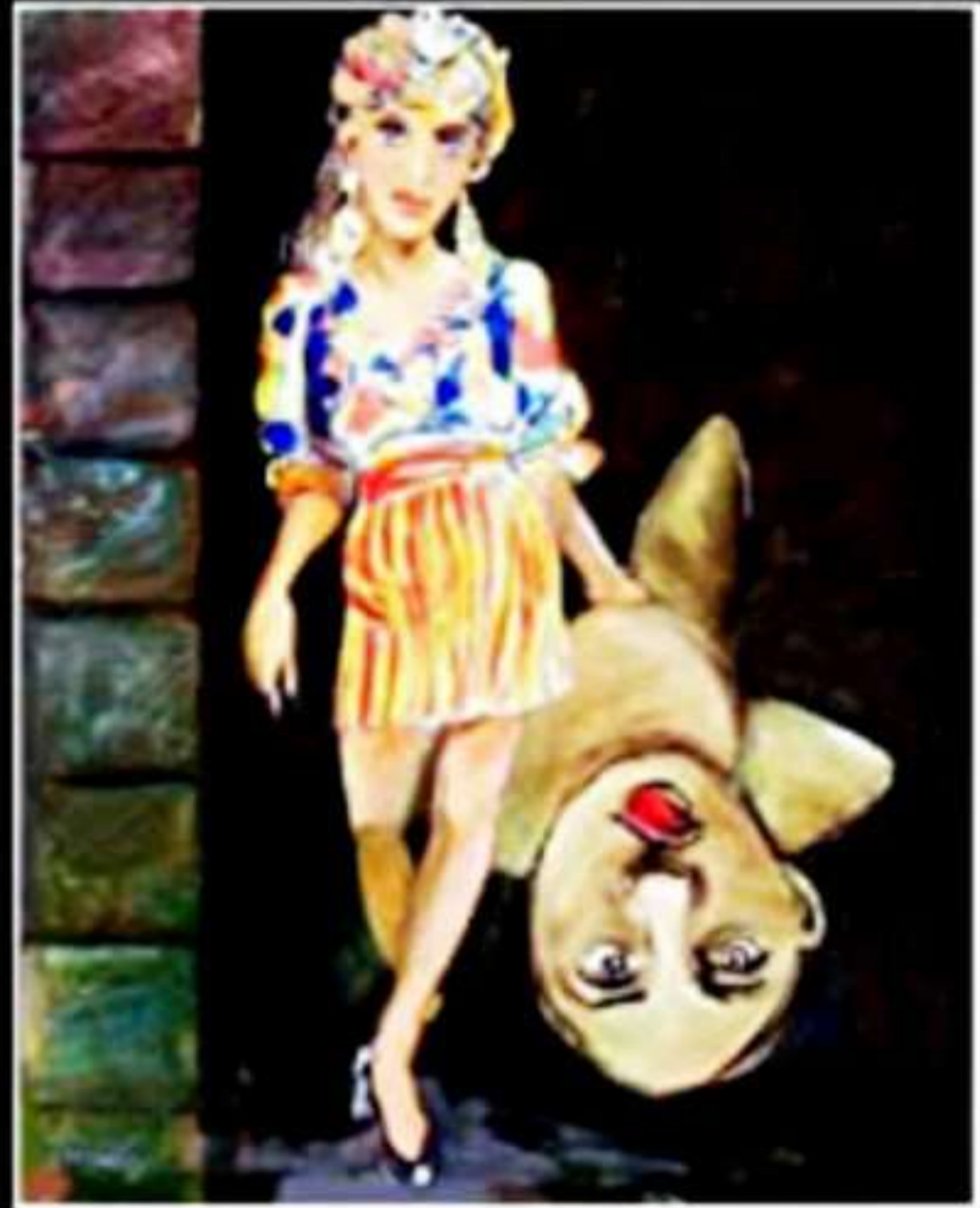
Rafael de Águila

enhiesta, derrota victoriosa -si el oxímoron fuera posible-, derrota que no obstante la homonimia excluía toda sinonimia, la expulsaba, la negaba, humanismo de derribado que se mantiene en pie, bandera rendida que no se arría, trincheras sin defensa que no se entrega, humanismo de seres ahitos y a un tiempo hambrientos, de labios cerrados y voces aullantes, de seres enfebrecidos y no obstante saludables y saludados y salvados, ungidos desde, con y por difíciles verdades, esas que muchas veces no se pregonan en cultos, pero se llevan atadas a la frente o nacientes del pecho.

Dije que Guillermo Vidal me parecía -y se me aparecía- como un *desnudador / asu- midor / diseccionador* de infortunios. Los míos, dije, los de ustedes -así lo aseveré al público presente en aquella sala-, los de todos; los infortunios de Las Tunas, los de Cuba. Los infortunios de los hoy vivos, de los que ayer vivieron y quién sabe si los de aquellos otros, los que sobre esta sagrada tierra habrán de nacer, porque el infortunio vidaliano, así lo dije, semeja la argamasa de una desdicha que atenazando en el momento en que al autor atenazó, ese instante en el que urdió su obra, atenaza aún hoy, impactando el futuro, ubicua y atemporal. Todo eso dije.

Y la timidez. Y el pudor. Timidez y pudor, porque a mi lado en aquel panel estaban sus amigos, porque sentados en aquella sala muchos de los que lo conocieron me escuchaban, porque allá, casi al final, a la derecha, primer asiento de esa sección, me escuchaba, atenta y reconcentrada, emocionada sin duda, Solangel Uña, la viuda de Guillermo Vidal.

Dije más. Evoqué los personajes infantiles, los seres pobreci-



EDITORIAL PRIMIGENIOS

tos, los **outsiders**, seres todos arrojados del **mainstream**, seres que habitan lo que amargamente puede ser llamado el **poorstream** -el **poorstream** vidaliano-, **clochards** cubanísimos -ya no los cortazarianos de los puentes del Sena, esos míticos puentes de París-, pero definitivamente **clochards**, pobrecitos, alados, "ternurales", contradictorios, despreciados, vapuleados, poéticos, sufridos, con esa poesía que

mana y emana desde esos otros puentes que son la sencillez, la naturalidad, el llano sufrir, el llano sentir y la muy llana y vidaliana verdad.

Dije que los personajes de Vidal sufrían a voz en cuello, sufrían casi sin cuello, sufrían casi sin voz, sufrían galáctica y celularmente, e inmersos en el viacrucis de ese sufrir nos lanzaban de lleno a ese hueco negro, de lleno a ese vacío que es el sufrir de todos. El sufrir

total. El gregario. Dije que los libros de Guillermo, como los de los grandes autores, seme- jaban ductos desde los cuales el sufrir particularísimo del autor se acrisolaba en el sufrir común de todos.

Sufrimiento ese que, así lo dije, de seguro Guillermo Vidal acep- taba como ascesis, como puri- ficación, desgarramiento exist- encial que fungía como made- ra de la nao -más bien la humilde chalupa- en la que los personajes vidalianos bogan y bregan y batallan por ponerse a salvo -isin la menor de las suertes!- de las batidas y emba- tes y embustes del entorno; de los sunamis tremebundos de la vida; de lo que Vallejo -iese pobrecito genial!- llamaba el No-Yo; de todos los absurdos que asedian y acechan y aso- lan; de las saetas que han agui- joneado, que agujonean y sin duda continuarán agujonean- do, saetas que, bien se sabe, no llegan animadas por el pri- mer motor aristotélico, el To Theion, sino desde ominosas manos; saetas y manos -más bien puños- que Toño, ese per- sonaje vidaliano inolvidable, resiste con la parsimonia de un bonzo, de un asceta, y acepta clamante y de pie, aullante en mitad del silencio que admite y solapa al caos, del miedo, de los desconciertos, de las inso- lencias, de las excrescencias, de las intransigencias y de la nunca humana deshumaniza- ción.

Sumatoria esa que es viacrucis y es Gólgota, es camino a la cruz y es cruz; sumatoria que tiene por prólogo, por antecá- mara, por credo, por garantía de resiliencia y perdón, una muy sacra revelación, una pro- fesión de fe aupada desde lo milenariamente hallado horas antes en el Monte de los Oli- vos, suerte de sacra revelación que Guillermo Vidal muta y transmuta en **Matarile** - novela desgarradora y desga-

rrante- en lepidóptero clavado, fe que testifica y lega y es belleza atormentada y aparen- temente vencida, yerta, sí, ipero belleza siempre!, fe que es, que intenta ser -todos reza- mos para que lo haya sido y para que eternamente y para todos lo sea- catarsis. Libera- ción. Exorcismo. Ascesis. Pureza. Ascesis que no excluye cierto maderamen de humorada. De mordacidad. Eso me atreví a decir. Humorada chusca y ple- tórica de tragicidad. De impo- tencia. La impotencia que emana desde lo trágico, pero, sobre todo, viceversa. Henchi- da de (y desde) lo visceral. De (y desde) lo marginal. Una marginalidad muy vidaliana.

Nada de lobo estepario hesseano. No. Una marginalidad henchida de cubanía. Así como en Rulfo susurran los muertos, Guillermo Vidal otorga voz y decir y sentir y condenar y rechazar y resistir y aliento vital y viril a su Toño ubicuo, ubicuo porque es, a un tiempo, habitante de pasados, de presen- tes y de futuros, trilogía de muerto- vivo, serie temporal en la que abunda el triple y atemporal golpe de martillo.

Golpe y martillo, porque los personajes de Vidal -como los de Dostoievski, como los de Onetti- semejan seres colocados en un yunque, un tornillo de banco que los exprime y asfixia y anula -al tiempo que los exime, sí, ilos



exime de culpas!-, tornillo de banco que aprieta a exprimidos/eximidos desde metálicas fases/fauces, esas que se cierran y se abren, no se olvide, desde el vallejano No-Yo.

Dije entonces recordar una frase: *Amantes, amentes*, frase genial que nos legara en una de sus novelas Roberto Bolaño. Dije pensar en esa frase del chileno para elucidar que los personajes de Vidal semejan dementes de lúcidas mentes, dementes que en su amante arrebatado son capaces de tocar amantemente a rebato. Los locos, los aquejados, los descarriados, los asesinos, toda esa cohorte que sufre a muerte - ipero se defiende a vida!- en la obra de Guillermo Vidal parecen arrebatadamente tocar a rebato.

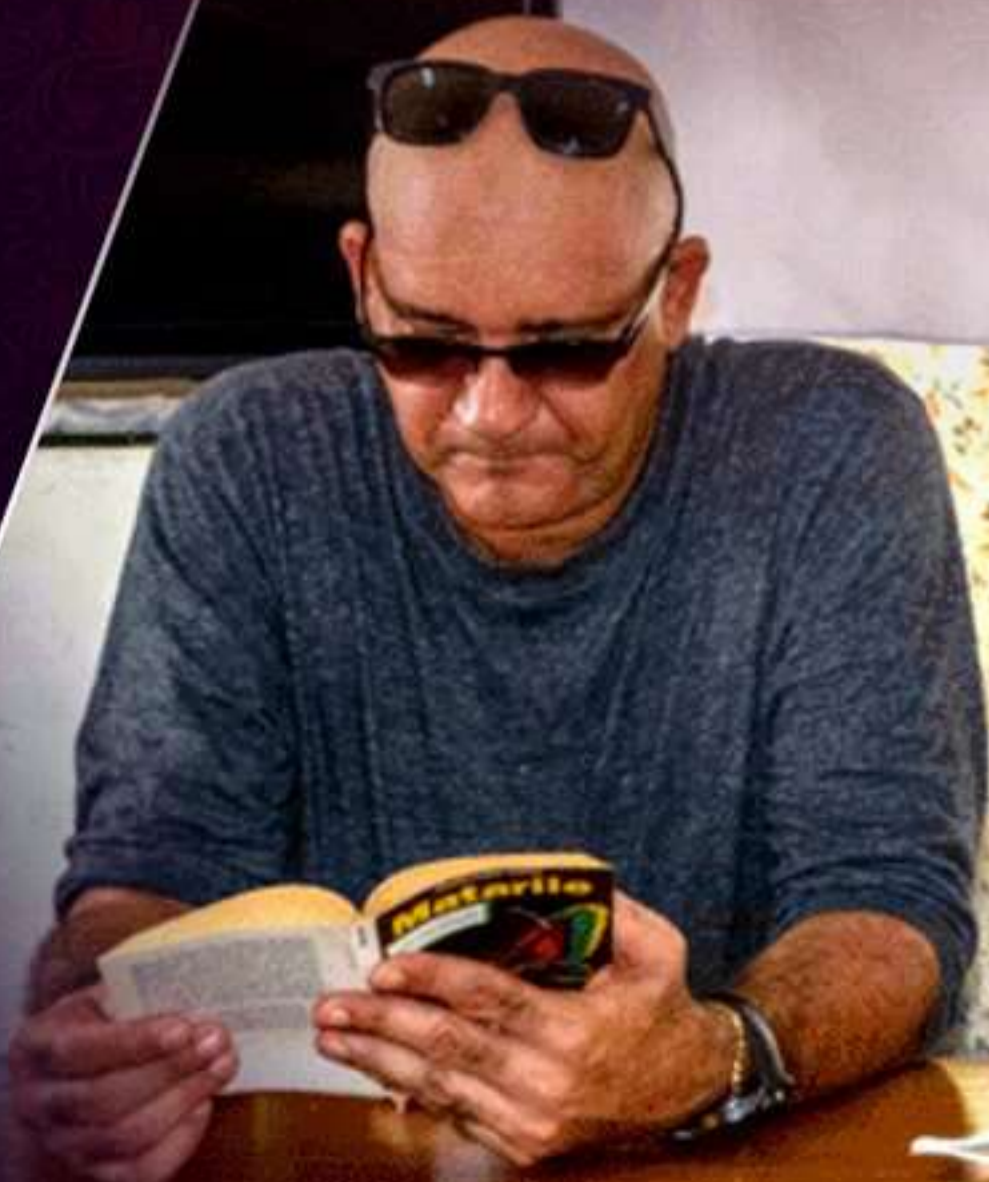
Dije que toda esa cohorte de humillados y ofendidos de Guillermo Vidal mucho tenía en común con aquella otra, la primigenia, la cohorte de humillados y ofendidos del ruso, de Fiodor Dostoievski: el príncipe Michkin está en Vidal; los hermanos Karamazov están en Vidal. Eso dije. Ignoro si alguien antes lo haya dicho, lo dije y miré a ese sitio, miré allá, primer asiento, a la derecha, casi al final, sitio en el que se mantenía sentada la viuda de Guillermo Vidal. Y una vez más la vi asentir, una vez más la vi mover de abajo hacia arriba la cabeza. Y mi timidez. Y mi pudor. Ese dúo trémulo al cuello, trémulo porque en esa sala, en ese panel, yo era el

único que a Guillermo Vidal conocía solo de libros. De lecturas y no de vida.

Ensimismado en trazar paralelos y buscar etiologías, evoqué entonces aquello que ya en mi primera lectura de **Matarile** tuve por cierto: las semejanzas entre el llagado y destrozado Toño con dos de los personajes del Faulkner de **Mientras agonizo**, dos de las voces de ese entramado, la del niño y la del loco, voces y viacrucis - siempre viacrucis- con los que desde mi primera lectura de **Matarile**, vaya a saber si de manera acertada o no, hermané humanamente a ese demente de mente lúcida, ese aullante, ese vivo-muerto-agonizante que es Toño, espé



asociación
HERMANOS SAÍZ



cimen de sufriente, desesperanzado, descreído y desdoctrinado, de derrotado nunca vencido, ese Toño que no está a la **recherche** de tiempo alguno, porque lo anima un buscar y un encontrar más ético -y vaya a saber si no menos encontrable-: la búsqueda de la verdad.

Dije que entreverada en la poesía tremebunda y trágica de los personajes de Guillermo Vidal -piénsese en la naturaleza poemática de **Matarile**- bulle la épica trágica y ubicua del pesimismo. Roland Barthes sostuvo que un pesimista no era más que un optimista traicionado. Eso precisamente parecen muchos de los personajes de Guillermo Vidal: optimistas traicionados. Eso quizá sea el monologante, devastado y aullante Toño. Un optimista devastado por la inclemencia que lo rodeó y configuró y golpeó, pero a la que jamás pidió cuartel.

Dije más. Dije que mientras la literatura cubana anunciaba un entorno (cuasi)uniforme de balseros, presidiarios, matavacas, drogadictos, "sexomulthacientes" y "sexotododeshacientes", Guillermo Vidal, haciente y deshaciente se internaba en otros entornos, otros senderos, otros actantes, los suyos, los propios; se bifurcaba en ellos para bifurcar aún hoy a sus lectores.

Dije que hacía ya algunos años, allá por 2011 o 2012, había tenido yo el honor -y la responsabilidad, honor, responsabilidad y privilegio siempre llegan tomados de las manos- de presentar **Las hijas de Sade**, novela coescrita por Guillermo Vidal y María Liliana Celorrio, la misma María Liliana que me acompaña ahora mismo en este panel. Así lo dije.

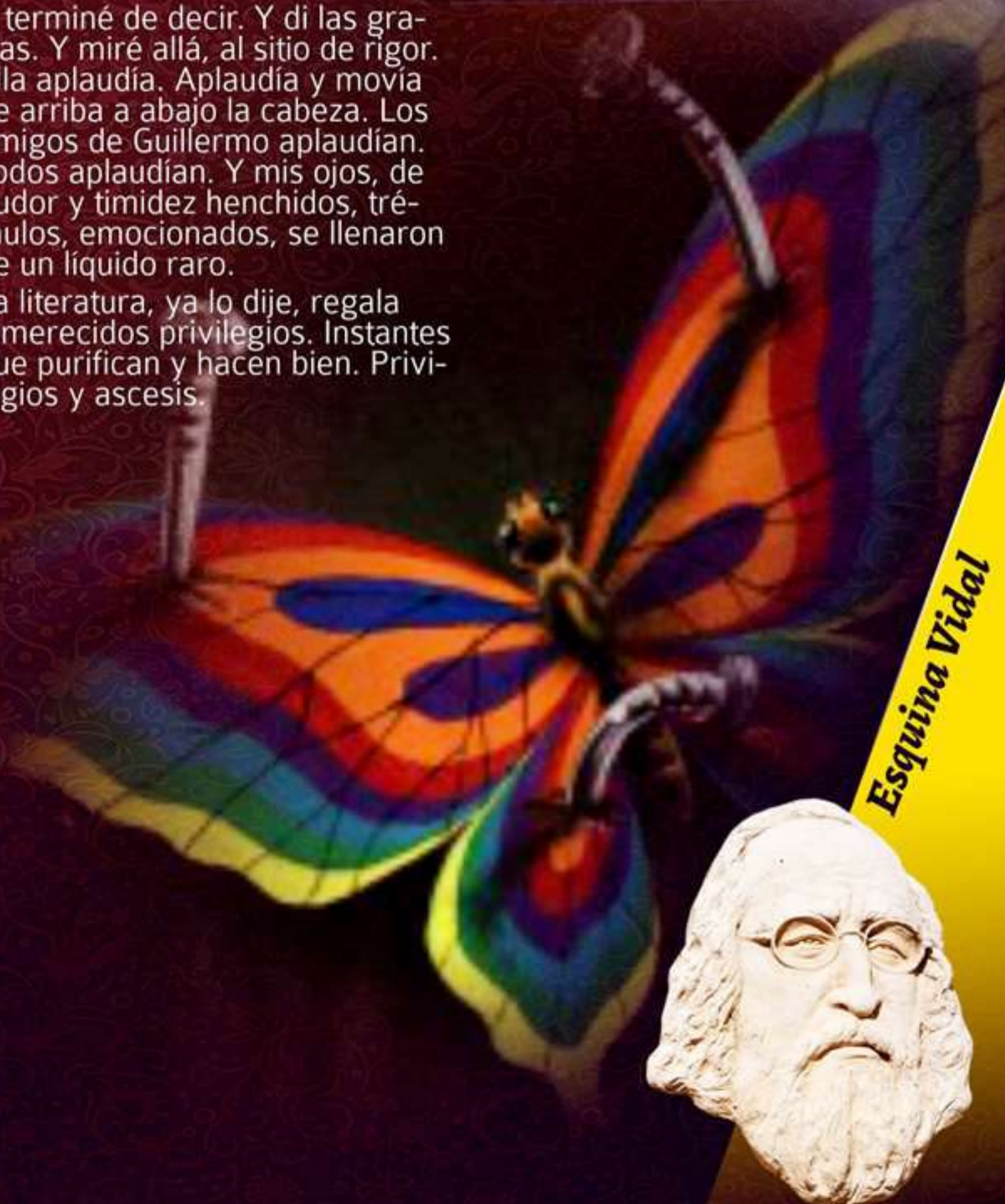
Dije que aquella tarde, tarde acaecida en el centro Dulce

María Loynaz, recordaba a María Liliana sentada allí, en primera fila, sentada y a un lado, a su izquierda, un sitio vacío, sitio que todos -celosamente- respetaron para que allí, a la izquierda de María Liliana, a su vera, tomara asiento -pudorosa y sacra levedad mediante- el mismísimo Guillermo Vidal.

Dije, finalmente, echando a un lado toda timidez y todo pudor, esos que trémulos se afanaban aún colgantes a mi cuello, que tal vez la misma muy sacra levedad se anunciara ahora para que Guillermo Vidal, cuerpo y alma, se hiciera presente en aquella sala de Las Tunas, presente para, ajeno a toda pompa, esa que siempre desdeñó, sentarse allá, en esa sección, aquella, casi al final, a la derecha, a un lado de su esposa.

Y terminé de decir. Y di las gracias. Y miré allá, al sitio de rigor. Ella aplaudía. Aplaudía y movía de arriba a abajo la cabeza. Los amigos de Guillermo aplaudían. Todos aplaudían. Y mis ojos, de pudor y timidez henchidos, trémulos, emocionados, se llenaron de un líquido raro.

La literatura, ya lo dije, regala inmerecidos privilegios. Instantes que purifican y hacen bien. Privilegios y ascesis.



Esquina Vidal

Arrobas de la memoria

Ferrofunerales: inventiva local que se empleó en Manatí por un tiempo para trasladar a los occisos hacia el cementerio La Caridad, hoy Municipal. La compañía Manatí Sugar Company, gratuitamente, ponía a disposición de los dolientes una locomotora con un vagón de carga y par de coches. El féretro era transportado en hombros hasta el lugar y de allí el vehículo, en marcha lenta, iniciaba el trayecto por la vía férrea hasta el campo santo. Son pocos los habitantes que recuerdan ese episodio.



En 1899, Mario García Menocal (posteriormente presidente de la República) se trasladó a Puerto Padre y adquirió por compra, en nombre de míster Robert Bradley -representante de la Cuban American Sugar Company-, el ingenio de Chaparrita, así como los terrenos aledaños que sirvieron de base para la posterior construcción del central Chaparra. Bajo la influencia de Menocal, en 1910 se comenzó a edificar el central Delicias (hoy Antonio Guiteras) empleando el material útil del desmantelado ingenio San Manuel.



A finales de 1913 los hermanos Braga-Rionda se trasladaron a las propiedades del matrimonio formado por Elia Rosa Castellanos y Juan Escarrá con el propósito de comprarles parte de sus tierras para la construcción de un central. Lo dueños de la finca La Jía se negaron a vender; en cambio, propusieron donar dos caballerías con la condición de que la fábrica llevara el nombre de Elia. En 1914 comienza la construcción e inicia su primera zafra el 28 de febrero de 1916, fecha escogida para la fundación del poblado homónimo. Nombres que tendrían hasta 1960.



La colonia cañera nombrada Luz Alday, cerca del central Elia, dio origen a bailes autóctonos de esta comunidad como la calabaza y don Manuel.



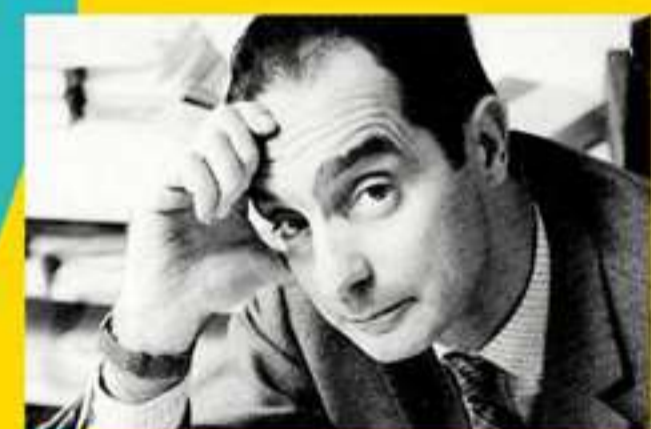
La Chaparra Sugar Company proveyó empleo en las faenas de la zafra a muchos inmigrantes chinos, principalmente, en la casa ingenio. Se desempeñaron en las áreas de los hornos, casa calderas, prensa y basculadores por un salario mensual que no sobrepasaba los 2.00 pesos. Entre las aficiones que legaron a su descendencia está la costumbre de fumar con una cachimba, y en la culinaria la preparación de la carne ahumada, el arroz frito y el pollo frito adobado con ajo.



El 13 de julio de 1941, los obreros del central Delicias se solidarizaron con la URSS agredida por el nazismo alemán. Solicitaron al presidente de la República que se establecieran tratados y que la Isla enviara azúcar al país agredido. El 25 de agosto de 1941 constituyeron el Comité Antifascista en el ingenio.



En San Manuel, Puerto Padre, hay una placa de barro patinado que recuerda la estancia allí, durante su niñez, del gran escritor Italo Calvino en la década del 20 del pasado siglo. Fue colocada en la casa donde vivió la familia en el aniversario 75 de ese hecho. Calvino llegó a ser el novelista más importante de Italia después de la Segunda Guerra Mundial. Los Calvino Mameli fundaron en San Manuel la Estación Experimental para el cultivo de la caña de azúcar y la Escuela Agrícola en Chaparra.



El tasajo y el bacalao son dos alimentos que constituyen reminiscencias de la cultura que generó el azúcar en la Isla, pues estos productos junto al arroz, las viandas (boniato y plátano en lo fundamental) usualmente integraron la dieta alimentaria de los esclavos en la plantación y del campesinado cubano.



En la comunidad de Las Pulgas, "Amancio", por apego de su gente y los esfuerzos de la Industria Azucarera local se conserva una centenaria grúa de camino. Ese poblado fue fundado desde los mismos inicios del central Francisco, bajo el dominio del capital estadounidense, como colonia cañera. Con el avance de la mecanización en la preparación y cultivo de tierras se sumaron estas grúas de acero en 1905, las cuales generaron productividad y eficiencia en el acopio y alza de la gramínea; más el eficaz pesado y el rápido depósito de los bultos en los carros-jaula de las locomotoras. En la década de 1950 empezaron a dejar de ser funcionales y fueron sustituidas por modernos centros de acopio que triplicaban las labores. Eran dos las ubicadas en la zona. Con el Período Especial y el poco respaldo legal a la memoria histórica, estas piezas fueron presas del abandono y el vandalismo. En el 2005, una de las grúas pasó a la Empresa de Recuperación de Materias Primas.



Del béisbol: El promotor del béisbol azucarero se llamó José de la Caridad Méndez, el recordado Diamante Negro. El Papá Montero de la pelota cubana, Adolfo Luque, jugó en el batey de Jagüeyal (Ciego de Ávila). En el central Lugareño, en el municipio camagüeyano de Minas, nació el rey del cero jit, cero carreras, el supersónico Juan Pérez Pérez. También son hijos de batey: Orestes Kindelán, Ermidelio Urrutia, Urbano González, Abilio Amargo... El inmortal, con su nombre en los salones de la fama, don Martín Dihigo Llanos comenzó a jugar en los bateyes cañeros de Cruces, en Cienfuegos.



Es bien palpable la influencia de la cultura del azúcar en el léxico del cubano. Prácticamente no existe actividad en la que no esté presente algún término proveniente de ese universo, incluido el lenguaje coloquial. ¿Qué nos dicen de aquello de "la caña está a tres trozos", para describir una situación difícil?



En sus inicios, los trapiches y los ingenios contaron con campanas para ordenar la vida interna de estos sitios, al punto de adquirir un valor simbólico que pervive en la actualidad, por medio de la sirena o pito del central. Tanto en el pasado como hoy, ese peculiar sonido marca el ritmo de las tareas de la producción azucarera y sirve como medio de comunicación dentro y fuera de la fábrica, especial para señalar acontecimientos significativos como el cumplimiento de las metas, un accidente o antaño la fuga de algún esclavo. Su presencia en la cotidianidad de los poblados organizó los horarios y con su cese, donde sucedió, se acabó una forma de ser.



Agradecemos especialmente en este resumen, el aporte del historiador Abel Julio Sastre Matos, del periodista Andrés Lozano y de Diego Armando Morán, comunicador de la empresa agroindustrial azucarera Amancio Rodríguez.

Dayana García Roldán

Licenciada en Periodismo. Periodista del **Canal Azul**.

Gabriel Manuel Peña Ramírez

Licenciado en Periodismo. Periodista del periódico **26**.

Andrés Lozano

Licenciado en Periodismo. Máster en Desarrollo Cultural Comunitario. Periodista de **Radio Manatí**, con amplia experiencia en el universo mediático radial. Ha obtenido varios premios nacionales y provinciales. Estudioso de temas históricos y socioculturales, especialmente ha profundizado en el complejo cultural cubano del azúcar.

Esther De la Cruz

Graduada de Periodismo. Máster en Ciencias de la Comunicación. Periodista del periódico **26**, con trayectoria y resultados en el tratamiento de temas sociales y culturales.

Dayana Menzoney

Licenciada en Periodismo. Periodista del periódico **26**.

Zucel de la Peña Mora

Graduada de Periodismo. Máster en Ciencias de la Comunicación. Editora principal del periódico **26**. Por una década escribió la sección cultural del medio.

Ilka Pell Delgado

Especialista en Política de Conservación y Restauración del Consejo Nacional de Patrimonio Cultural y secretaria del Comité Internacional para la Conservación del Patrimonio Industrial (TICCHI) en Cuba. Licenciada en Historia, máster en Asuntos Interdisciplinarios en América, Caribe y Cuba; y graduada del Diplomado de Conservación y Valoración Sostenible del Patrimonio Industrial, Arquitectónico y Urbano, convocado por el Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría (ISPJAE), el Consejo Nacional de Patrimonio Cultural de Cuba y las universidades de Padua, Venecia y Alicante. Especialista en Museología y patrimonio industrial, sobre todo, azucarero y ferroviario; investigadora y profesora de las universidades de La Habana e ISPJAE. Posee numerosas publicaciones.

Janet Artimes Hernández

Licenciada en Estudios Socioculturales. Especialista en Museología, Museografía y patrimonio. Trabaja en el Consejo Nacional de Patrimonio Cultural de Cuba como especialista en Política Cultural. Posee publicaciones relacionadas con el patrimonio industrial cubano y la presencia de las comunidades en el desarrollo de los discursos museológicos. Integra la mesa técnica del Observatorio Iberoamericano de Museos del Programa Ibermuseos.

Rafael de Águila

Narrador, crítico, ensayista y politólogo. Estudios universitarios en Matemática y Derecho. Ha obtenido numerosos premios, entre ellos: Pinos Nuevos (1997), Alejo Carpentier de cuento (2010), La Gaceta de Cuba (2011), Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar (2017), Casa de las Américas (2018) y Anual de la Crítica. Algunos de sus libros son **Último viaje con Adriana** (*Letras Cubanas*, 1997), **Ellos orinan de pie** (*Letras Cubanas*, 2006), **Del otro lado** (*Letras Cubanas*, 2010), **Ventana tapiada con un hueco** (*Guantanamera*, 2017) y **Todas las patas en el aire** (*Casa de las Américas*, 2019).

Yelaine Martínez Herrera

Graduada de Periodismo. Periodista de **26**, actual responsable de la página cultural del medio. Poetisa premiada en varios certámenes nacionales y presente en diversas antologías. Autora del libro **Tatuajes en el alma** (editorial *Letra viva*). Miembro de la Asociación Hermanos Saíz.

En este número se han usado pinturas de Leopoldo Romañach (*La niña de las cañas*, 1925), Wifredo Lam (*La jungla*, 1943), Mario Juan Carreño (*Cortadores de cañas*, 1943), Servando Cabrera (*Milicias campesinas*, 1961) y Marcelino Domínguez (*La niña de las cañas*, 2007).



Muchos rostros de hombres y mujeres curtidos engrosan la lista de los que han dedicado los mejores años de su vida al dulce camino del azúcar. Entre ellos está el de Petronila Alejandrina Almaguer Rojas, Heroína del Trabajo, la Reina Cubana de la Mocha, quien falleciera en Puerto Padre, nonagenaria ya, el pasado 2 de octubre.

Mujer menuda que dio a la vida ocho hijos y estuvo orgullosa, hasta el aliento final, lo mismo de ellos que de los 20 nietos y 23 biznietos que le fueron premiando la existencia. La misma que en 1966 comenzó de jornalera en un campo de caña y, jubilada ya, decía: "No dejo de trajinar para que el cuerpo no se me oxide como una mocha vieja".

Así son las almas de los azucareros cubanos de todas las épocas. Gente noble, de voz bajita, mirada clara y muchas madrugadas vividas; ellos no le temen al sol de los domingos en el surco, al trabajo duro de la caña y entienden, con solo calar en el aire, el ardor intenso que antecede a la cosecha.